



Máster del Mediterráneo Antiguo

Curso académico: 2018/2019

2º Semestre

Trabajo final de máster (Orientación académica):

El devenir de la Tiranía Griega (VIII-V a.C.)

Trabajo realizado por:

Andrés Lorente González

Tutelado por:

DR. D. César Sierra Martín

Pisístrato administraba las cosas de la ciudad, como se ha dicho, moderadamente y más como ciudadano que como tirano; pues en los demás asuntos era afable, suave e indulgente con los que habían cometido algún error, a los que no tenían recursos les prestaba dinero para sus trabajos, de manera que se pudieran sostener como labradores. Hacía esto por dos motivos, para que no vivieran en la ciudad, sino repartidos por el campo, y para que disfrutando moderadamente y ocupados con sus cosas, no codiciaran ni tuvieran tiempo de ocuparse de las comunes. Al tiempo le sucedió que los ingresos le aumentaban con el cultivo de la tierra, pues cobraba, de lo que se recogía, el diezmo. Por esto estableció los jueces por *demos*, y él mismo salía muchas veces al campo para vigilar y para conciliar a los que estaban en discordia, con el fin de que no por bajar a la ciudad descuidasen sus trabajos. (Pseudoaristóteles, *Constitución de Atenas*, 16).

Con esta cita sobre el gobierno de Pisístrato, desmitificando la imagen dada por las fuentes clásicas sobre el tirano, da por iniciado un arduo proceso de elaboración del presente TFM. Este, realizado desde una perspectiva detallista, con sumo mimo y cariño, no habría sido posible sin el apoyo incontable durante los momentos más difíciles del mismo.

La primera persona que quiero agradecer dicho apoyo es mi tutor, César Sierra Martín. Su incontable apoyo, paciencia, asesoramiento...ha resultado de vital importancia para mí persona, no solo en el aspecto académico, sino personal. En cuanto a mis amistades, son muchos, pero quiero agradecer especialmente a Jorge, Josema y Yéssica su también continuo apoyo. Por último, a mi familia, que ha estado, junto al resto, cuando más lo necesitaba.

El devenir de la Tiranía Griega (VIII-V a.C.)

Resumen: A lo largo del presente escrito se fundamentará la tiranía en la Grecia Arcaica durante los siglos VIII-V a.C. El fenómeno de la tiranía surge en el siglo VII a.C., por ello, se ha optado por analizar dicho periodo. Se trata, pues, de analizar este fenómeno desde diferentes perspectivas: políticas, sociales, económicas, etimológicas. La fundamentación clásica y su tendencia hacia una carga peyorativa ha condicionado la revisión de la historiografía a la hora de aludir a dicho fenómeno. Por ello, se tratará de anteponer los condicionantes para tratar de des-etiquetar dicha connotación.

Por otro lado, se valorará el uso terminológico, así como una revisión de diferentes tiranías – Corinto, Mégara y Atenas – para ver cómo se dio este fenómeno y su posterior análisis. Así, podremos observar cómo Cípselo responde contra la aristocracia de Corinto, optando por una vía más pacífica que su sucesor, Periandro, cuya imagen tradicional sobre el tirano sí responde bajo su figura. Pero sin duda, la principal figura es Pisítrato. Él representa la discordia ante la difusa y malograda idea de tirano, promovida por los principales autores clásicos.

En suma, se estudiará tanto el origen etimológico de la palabra tirano, su relación con otros términos, como *basileús* o la connotación de dicha palabra, la revisión de las fuentes primarias para conocer la connotación negativa sobre esta forma de gobierno y una revisión de diferentes tiranías.

Palabras claves: Grecia Arcaica, Tiranía arcaica, tirano, fuentes clásicas, Pisistrato, Cípselo, Teágenes, Corinto, Megara, Atenas.

Abstract: Throughout the present writing the tyranny in the Archaic Greece will be based during the centuries VIII-V a.C. The phenomenon of tyranny arose in the seventh century a.C., therefore, has opted to analyze this period. It is, then, to analyze this phenomenon from different perspectives: political, social, economic, etymological. The classical foundation and its tendency towards a pejorative burden has conditioned the review of historiography when referring to this phenomenon. Therefore, we will try to put the conditioning factors before trying to de-label this connotation.

On the other hand, the terminological use will be valued, as well as a review of different tyrannies - Corinth, Megara and Athens - to see how this phenomenon occurred and its subsequent analysis. Thus, we can observe how Cípselo responds against the aristocracy of Corinth, opting for a more peaceful path than his successor, Periandro, whose traditional image of the tyrant does respond under his figure. But without a doubt, the main figure is Pisistratus. He represents discord before the diffuse and ill-fated idea of a tyrant, promoted by the main classical authors.

In short, we will study both the etymological origin of the word tyrant, its relation to other terms, such as *basileus* or the connotation of that word, the review of primary sources to know the negative connotation about this form of government and a review of different tyrannies

Keywords: Archaic Greece, Archaic tyranny, tyrant, classical sources, Pisistratus, Cyclops, Teágenes, Corinth, Megara, Athens.

Índice

1.	Introducción.....	5
2.	Justificación y objetivos.....	7
3.	Elementos teóricos que justifican el trabajo.....	8
4.	Metodología.....	12
5.	Contexto histórico.....	14
5.1.1	El surgimiento de la <i>pólis</i> y el periodo de la colonización, entre otros elementos.....	14
6.	El significado etimológico de tirano y tiranía a través de la visión clásica de las fuentes 19	
6.1.1.	La valoración etimológica.....	19
6.2.2.	La visión en las fuentes clásicas.....	22
7.	La tiranía en la Grecia Arcaica.....	31
7.1	La tiranía de Corinto: El clan de los Baquiadas y Cípselo.....	31
7.2.	Teágenes de Megara.....	34
7.3.	Atenas y Pisístrato.....	36
8.	Conclusiones.....	41
	Bibliografía.....	45

1. Introducción

El presente trabajo versa sobre la valoración de la tiranía histórica griega entre los siglos VIII-V a-C. Como veremos a lo largo del escrito, la tiranía surge, fundamentalmente, por unos desequilibrios sociales-económicos en una sociedad que, fruto de la inestabilidad de la aristocracia, buscará respuestas por parte de una única figura. Huelga decir que, hasta el propio desarrollo del trabajo, se plantearán breves nociones para ser el hilo conector con el desarrollo de los primeros objetivos del estudio. Es decir, las características teóricas del trabajo serán abordadas en el propio cuerpo de desarrollo.

La tiranía no es una forma de gobierno exclusivamente de la época arcaica, pues tiene sus connotaciones tanto en época clásica, como en la helenística. Sin embargo, durante el desarrollo de este trabajo me centraré en la época arcaica que será el núcleo de desarrollo para el ejercicio escrito, pues el contexto idóneo de surgimiento, desarrollo y vislumbrar las características claves de diferentes tiranías, responde a dicho planteamiento. De ahí que la historiografía moderna ha orientado su trabajo hacia el periodo arcaico, pues supone el nacimiento del término de tirano con sus consecuencias. En consecuencia, las alusiones al periodo clásico y helenístico – en especial al primero – serán escuetas.

Es imprescindible destacar la visión peyorativa de los autores clásico sobre la propia figura del tirano. En la época arcaica y clásica tenemos a disposición muchas más fuentes que nos ayudan a entender qué es el tirano y qué es la forma de poder bajo la tiranía. En este sentido, la alusión a estos dos términos por autores como Aristóteles, Platón, Jenofonte o Tucídides, entre otros, tiene una clara connotación negativa. Su particular visión sobre esta forma de gobierno, que no es afín, condicionará los términos y los difuminará tal cual se concibieron (Plácido: 2007: 145-150; Sierra Martín, 2016:46), aunque este hecho será abordado en el desarrollo central del trabajo.

Con un primer repaso, podemos decir que por supuesto, no todas las tiranías son iguales, es por ello que, a lo largo de la exposición, se fundamentará varios ejemplos de diferentes tiranías según el contexto geográfico. Esto es, observaremos cómo el fenómeno de la tiranía, a pesar de tener unos rasgos comunes y característicos, puede verse afectada según su contexto. Por ejemplo, la tiranía en la Grecia asiática de Trasíbulo de Mileto no tendrá unas pautas iguales que la de Fidón de Argos. Conforme a las palabras de Plácido (2007: 130) argumenta que, de todos los sistemas políticos de la antigüedad, la tiranía es, seguramente, la más polifacética.

Su justificación se fundamenta, tal como otros autores recogen, en el poder unipersonal. Poder que llevará a usurpar las relaciones de poder político (Mossé, 1972: 25) y que luchará contra una aristocracia cuya relevancia perdió.

Siguiendo el hilo sobre qué es el término tirano, algo que será abordado en su correspondiente apartado, podemos deducir, tal y como recoge Murray (1998: 15) que el tirano es toda aquella persona que accede al poder de una forma no legítima, es, en suma, la aparición de un usurpador frente al poder pre-establecido por una oligarquía aristócrata.

La historiografía tradicional (Roldán Hervás et al., 2013: 121) ha establecido que el rey Gíges de Lidia empleó por primera vez el término Tirano para referirse a esta situación de poder. Dópico Caínzos (1998) atribuye esta palabra a un origen oriental, pues la palabra en si no proviene del griego, sino de una atribución a los jefes de los filisteos en la costa sirio-Palestina. De esta forma, Plácido Suarez (2007: 136), en su artículo sobre las formas de poder griegas, remarca esta consideración. El tirano, en rasgos generales, es aludido mediante una forma de poder unipersonal, motivada por los desequilibrios sociales y en el desarrollo marítimo de las ciudades, tal como recoge Tucídides (I. 13,1). Esto último está en tela de juicio por autores contemporáneos, como Sierra Martín (2014).

Al hilo de lo anteriormente expuesto, Gómez Espelosín (1998) recoge que las tiranías, en un principio, intentaron superar los factores adversos. A ello se le añade la transformación de estructuras sociales, que provocó una crisis agraria o el propio descontento del *démos* contra la aristocracia y el abuso de poder. De este modo, la tiranía, según la historiografía tradicional (McGlew, 1993: 27-30), tiene como interés superar estos desequilibrios sociales.

La transformación del poder bajo la figura del tirano se percibe en diferentes aspectos, por ejemplo, mediante la coalición con los grupos aristocráticos –con la familia de este o con parte de esta, como es el caso de Asia menor con Trasíbulo de Mileto—. En segundo lugar, encontramos un referente, líder militar que, con el uso de su fuerza, su ejército y el buen historial en combate, transformó la legitimidad del poder en una tiranía –Fidón de Argos—. En tercer y último lugar, con la ayuda de facciones extranjeras toma el gobierno de la ciudad –Pisístrato de Atenas – (Plácido, 2007: 127-134).

El tirano se diferencia del Rey (*Basileús*): porque este último es dueño de la autoridad legítima y hereditaria, y del Legislador (*thesmothétes*): porque esta toma el poder con consentimiento y decisión de la mayoría popular y las instituciones (Uriel Fernández:

2014: 234-237). Siendo aclaratorio, el tirano fue denominado igualmente con los términos de Rey (*basileús*), Legislador o Arconte (Roldán Hervás et al., 2013: 119-124.).

Entender el marco geográficamente e histórico de Grecia durante el siglo VIII-VII a.C., resulta, bajo mi juicio, esencial. Como decía anteriormente, esto motivaría al surgimiento de unas tiranías. Esto, junto al factor social – el propio campesinado, la aristocracia y los hoplitas –, supondrán, en definitiva, la concepción del término tirano y la fundamentación de las tiranías como forma de poder político. Por consecuencia, conocemos a la tiranía como un fenómeno histórico que se extendió por la geografía del ámbito griego, aunque la Grecia Arcaica es el periodo con mayor índice de estudio por originarse en dicha cronología.

La realización del presente escrito tendrá en consideración todo lo anteriormente descrito para así conocer, de una manera metódica, cuál será el origen, desarrollo y caída de las tiranías en la Antigua Grecia, con especial énfasis en la época arcaica.

2. Justificación y objetivos.

La realización del presente trabajo queda encuadrada en la parte temática del mundo griego, con un especial énfasis en la Grecia arcaica. De este modo, la decisión de los tiranos en cuanto a la gestión del territorio, ya sea en un contexto político, social o económico, ayudará a concretar su figura. De esta manera, la exposición de diferentes tiranías logra poner en prisma cómo el fenómeno de la tiranía ha ido adquiriendo ciertos rasgos esenciales.

Si tengo que hacer una mención a mi formación como historiador, he de advertir que las diferentes formas de gobierno en la antigüedad es un campo que siempre me ha despertado curiosidad. El hecho de conocer cómo ha ido variando los mecanismos del poder para saber gestionar a una sociedad y albergar el desarrollo de esta es una consideración importante.

Unas de las premisas en el desarrollo del presente escrito es conocer la propia figura de la tiranía y del tirano. Es decir, la tiranía, como forma de poder, o el tirano, bajo la acción unipersonal de legislar, son aspectos interesantes, pero qué debemos abordar con cierta cautela. Tal como se ha recogido con anterioridad, la concepción del siglo VII a.C., sobre estos, no será la misma que la concepción en el siglo V/IV a.C., fruto de la consideración – positiva o negativa – de las fuentes. Asimismo, el análisis que llevaremos a cabo tendrá

una fuerte carga política y social, no solo por los factores que marcaron la división de las distintas *póleis*, sino por cómo los propios tiranos usan su posición hegemónica para erigirse como figuras de primer nivel.

Entender la figura del tirano, por tanto, cobrará un especial interés. Sin esto, no podríamos concebir esta forma de poder político. En resumidas cuentas, se recogerá la información pertinente de las fuentes primarias propuestas para posteriormente acometer el análisis histórico. De este modo, deberíamos entender qué connotaciones tiene desde su origen hasta su caída la figura del tirano, así como su propio término, que va intrínsecamente ligado.

Otra cuestión fundamental es conocer el espectro político de la tiranía en la Antigua Grecia, en especial la época arcaica, y la sucesión de formas de poder político en la Antigua Grecia. De este modo, saber qué motivó a las diferentes clases sociales para que participaran de una forma activa o pasiva en la construcción de diferentes regímenes, o conocer qué causó el surgimiento de la democracia, por parte de la tiranía, es vital.

Una vez concebidos qué formas de gobierno, con sus respectivas características, así como la figura del tirano y la tiranía, resulta de especial interés conocer diversas formas de tiranía para saber concretar qué aspectos tienen en común y en qué difieren. Esto es, conocer diversas tiranías para contextualizar el momento histórico y constatar si es un fenómeno que parece inmutable en el tiempo o no.

3. Elementos teóricos que justifican el trabajo

Llegados a este punto, conviene destacar que los trabajos realizados sobre la tiranía y el tirano griego no ha sido un objeto de estudio constante en la historiografía. De hecho, la mayoría de artículos están localizados bajo la premisa de artículos científicos que, en suma, analizan estas figuras de un modo general, al igual que las publicaciones. Ahora bien, debemos de tener en consideración que el tema a tratar ha sido abordado desde diferentes enfoques, por ejemplo, desde la propia perspectiva filosófica o sociológica.

En este recorrido de autores y obras he decidido empezar por la historiografía española, quien me ha brindado de los principales conocimientos teóricos y de numerosas obras para abordar el estado. De este modo, para la historiografía castellana diversos autores han sido de inestimable importancia a finales del siglo XX y durante nuestro presente siglo.

Si atendemos a las fuentes secundarias de finales del siglo XX, conocemos tres ejemplos muy significativos. El primero (Plácido, 1989) supondrá un importante autor para conocer algunos rasgos esenciales de la tiranía. En su artículo sobre Tucídides expone una serie de motivos críticos para conocer las motivaciones del autor a la hora de abordar este fenómeno. Desde mi punto de vista, es interesante conocer la propia inclinación personal de Tucídides, pues engloba, entre muchos aspectos, el desarrollo marítimo y su factor económico. Conocemos, pues, un artículo metódico, que alude a una serie de cuestiones específicas como un ejemplo significativo – Polícrates de Samos –, o la relación de diferentes clases sociales – aristocracia y el campesinado – como fundamentación para catalogar a la tiranía como un mal gobierno.

El segundo autor es Ángel Sánchez de la Torre (1994), que mediante un manual aborda la fundamentación sobre la tiranía, comprendiendo una línea clara y concisa sobre la terminología del tirano, su evolución mediante el contexto que alude y una visión crítica de las fuentes, tanto primarias como secundarias. Su particular prisma sobre el asunto me ha hecho comprender no solo el surgimiento de la figura en sí, es decir, los motivos por cual aparece, sino unas pautas acerca de cómo el término tirano ha ido variando desde la época arcaica hasta la clásica, fruto de la visión mayormente peyorativa de las fuentes.

Por último, Dopico Caínzos (1998) recoge algunas fundamentaciones de los anteriores autores para focalizar su estudio de la tiranía en las relaciones personales de estos tiranos con las élites. Además, critica la falta de unas fuentes sobre el asunto, además de anteponer que algunas concepciones que tenemos están descontextualizadas.

Los diferentes estudios (1989, 1994 y 1998) sobre la tiranía reafirma la idea de una cierta falta de estudios monográficos que aborden esta temática en la historiografía castellana, algo que en nuestro presente siglo se ha abordado de una manera más específica, tal y como se mostrará a continuación.

De nuevo, se retoma la cuestión abordándola de una manera diacrónica en el tiempo. La alusión a las diferentes formas de gobierno en la antigüedad griega resulta de sumo interés, pues ayuda a comprender las diferentes estructuras de poder y conocer, de primera mano, las semejanzas entre estas. Además de ello supone una aclaración sobre diferentes autores clásicos, no solo de Tucídides, cuya visión queda clara en el anterior artículo, sino en otros como Jenofonte o Platón.

Para comprender mejor la visión de los autores clásicos, no puedo obviar la reciente publicación filosófica (De los Reyes, 2018) sobre la concepción de poder, en especial de la tiranía, así como una interpretación más ética y conceptual que la mera sucesión de datos históricos. Por ello, comprender la perspectiva de estos autores clásicos resulta fundamental, no solo para poder situarnos en el contexto histórico, sino para conocer qué cambios supuso en la valoración etimológica e histórica acerca de la figura del tirano y, como no, de la tiranía como forma de gobierno.

En cuanto a un enfoque distinto a lo anteriormente citado, he de destacar el trabajo de Jufresa y Fau (2007). En numerosos escritos literarios de la época, el tirano solía tener una visión parcialmente positiva o negativa de la sociedad, algo que, en efecto, ambos autores reflejan en su trabajo. Posteriormente, en el escrito de Rosana Gallo (2013) observamos un análisis general sobre la tiranía a lo largo del tiempo.

En cuanto a la tiranía arcaica, el artículo sobre la aproximación a las ambigüedad de la tiranía arcaica bajo la premisa de Sierra Martín (2014) resulta de sumo interés. No solo por las citas a las grandes obras, permitiendo ver de una manera didáctica y amena las publicaciones de habla extranjera, sino por la manera en la que se abordan las sucesivas tiranías escogidas. Es decir, lejos de un enfoque tradicionalista, cuya premisa se basaría en generalizar algunas pautas de la tiranía, se expone la motivación mediante las relaciones personales del tirano para asumir el poder. Además de este enfoque, cabe destacar cómo a lo largo del texto se trata de superar la tendencia clásica sobre la visión de los tiranos, una visión que nunca ha tenido en consideración los aspectos más íntimos de estos, es decir, las relaciones personales de estos con las diferentes personas para ostentar el poder.

Además, utiliza a Aristóteles para saber de primera mano sobre el fenómeno de la tiranía, a diferencia, por ejemplo, de Plácido, cuyas fundamentaciones caen, mayoritariamente, en Tucídides.

Del mismo autor destaca una publicación posterior, en 2016, que versa sobre la concepción que Tucídides tenía sobre la tiranía, algo que Plácido, como he aludido anteriormente, citó. Sin embargo, la línea de esta publicación difiere de la de Plácido, pues pone en relieve el contexto por el cual el autor clásico escribió sus líneas sobre la tiranía y, además, se tiene en cuenta la consideración del tirano en el espectro personal,

es decir, las relaciones de poder y personales que tuvo para ascender y, sobre todo, en la progresiva pérdida del poder de la aristocracia.

Por último, obras de carácter general resultan interesantes, no solo el propio contexto histórico, sino poner de relieve las cuestiones planteadas. Por eso, destaco las obras de Gómez Espelosín *et al* (2014), Roldán Hervás *et al* (2013) y Uriel Fernández (2001) entre muchas otras obras de referencia. A pesar de considerarse como obras generales, considero de sumo interés una lectura para conocer el diverso contexto planteado.

Una vez realizado una valoración sobre las principales fuentes secundarias en castellano, que sin duda han supuesto una gran ayuda para la comprensión del trabajo, se procede a exponer las principales referencias de habla no castellana.

Desde mi punto de vista, la lectura del manual de Andrewes (1956) resulta fundamental para conocer el estado de la cuestión a raíz de la mitad del siglo XX. Es el manual que sirvió de base para desarrollar las cuestiones que posteriormente, tras una revisión crítica, varios autores han podido plasmar en sus estudios. De su publicación, destaca como estructuró el asunto de la tiranía a lo largo de la historia de Grecia, así como la exposición de diferentes tiranías para conocer, *grosso modo*, los condicionantes de estas. En esta publicación tan solo tenemos constancia de cómo los aspectos sociales y económicos derivaron en el surgimiento de estos tiranos, unos factores que, si bien son importantes, se consideran, a día de hoy, genéricos. En sus sucesivas ediciones se han incorporado elementos como la evolución de los sistemas de poder griegos, algo que Plácido (2007) recoge, como bien hemos incorporado, o la importancia de la aristocracia.

A tenor de lo anteriormente expuesto, la lectura sobre la evolución y la manera de acceder al poder de los tiranos, fundamentalmente por los aspectos económicos, lo recoge Mossé (1969). Este hecho traza la línea que Tucídides comenta a lo largo de su obra, el ascenso mediante un desarrollo marítimo.

Otra lectura fundamental, es la obra de Finley (1983). Su publicación de la Grecia Arcaica nos antepone varios factores que Andrewes recoge, como la expansión de los enclaves coloniales o el desarrollo progresivo de las *polis*, con sus respectivos desequilibrios sociales.

Estos tres autores recogen unos ciertos ideales entre 1959, 1963 y 1983. Fruto de estas investigaciones, numerosos autores, entre los que destaco a McGlew (1993) pudo

concebir aspectos más concretos de su obra. En su particular visión sobre el fenómeno de la tiranía, destaca cómo la concepción de la tiranía en el siglo V a.C. en Atenas, es decir, en el movimiento del surgimiento de la democracia, es visto con una cierta manera peyorativa y, por ende, con un desprestigio sin tener en consideración cuál fue el origen e intención de este fenómeno. Es decir, su lectura me parece de buen grado para conocer el origen de las motivaciones de los tiranos, alejándose de cierto modo sobre la manera en la que se aborda mediante meras generalidades.

En cuanto a las publicaciones de nuestro presente siglo, destaco tres. La primera, el manual cuyo editor es Morgan (2003), el cual recoge una serie de artículos sobre la perspectiva de la tiranía en el tiempo, algo más actualizada que los anteriores trabajados citados. Se basa, mayormente, en Platón e Isócrates, ofreciendo de nuevo la visión clásica y cómo ha difuminado la tarea inicial del tirano y la tiranía. El segundo, Lewis (2006) ofrece un punto de vista sobre el concepto del tirano y su evolución en el mundo greco-romano, algo que, sin duda, resulta de sumo interés si se quiere conocer la concepción de cada término según su contexto histórico. Además de las fuentes primarias básicas como Platón, Tucídides o Aristóteles, se fundamenta buena parte del trabajo en Plutarco. Sin embargo, gran parte del contenido excede nuestro periodo de trabajo estimado, es decir, la Grecia arcaica. Por último, destaco encarecidamente la obra de Lavelle (2005) para conocer el gobierno de Pisístrato. Durante el desarrollo del presente escrito, buena parte del grueso se focalizará en unas tiranías a modo de ejemplo para conocer los sucesivos mecanismos del poder. Es en esta obra cuanto nos permite conocer los aspectos más relevantes de la propia figura de Pisístrato, figura que la historiografía ha desarrollado extensamente.

4. Metodología

Una vez abordados los puntos anteriores, se expone el apartado metodológico. La realización de esta investigación histórica se ha hecho mediante un vaciado de fuentes primarias a través de los autores clásicos que abordan la tiranía, que son, *grosso modo* Tucídides, Heródoto, Aristóteles, Platón o Jenofonte, entre otros. Posteriormente, el uso de las fuentes secundarias para la realización del mismo ha resultado de vital importancia. Cabe destacar que, en el ejercicio metodológico, sigo las abreviaciones propuestas por Lidell *et al* (2011), en *A Greek English Lexicon*, a la hora de abordar las fuentes primarias.

Esta visión me permitirá percibir qué diferencias hay según la etapa escogida, es decir, entre la época arcaica, su consideración y qué pautas se modifican según la opinión de estos autores clásicos, así como disponer de una base sólida para adentrarme en los escritos contemporáneos, que como he indicado en el punto anterior, son numerosos.

Una vez reunido toda la información pertinente, la segunda directriz fue la búsqueda mediante las fuentes secundarias para conocer la temática, algo que, como se ha aludido con anterioridad, supuso un reto. Mediante la comprensión de artículos académicos, y completando algunas obras generales cuya edición supone un cierto distanciamiento temporal, pude corroborar algunos hechos.

La última directriz, y no menos importante por ello, supone los repositorios online, cuya inestimable búsqueda ha podido completar el trabajo. En la biblioteca de Lorca he tenido alguna dificultad que otra, sin embargo, he podido obtener algunos manuales de relevancia por medio de la Universidad de Murcia. Aunque, sin duda, la opción que mejor me ha permitido desarrollar las consultas pertinentes se trata de los diferentes repositorios online.

Debemos considerar que hay una serie de revistas de especialización en Historia Antigua, es por ello que para la reflexión histórica expuesta en el presente trabajo no podemos obviar *Greece and Rome*, *Classical Philology*, *Harvard Studies in Classical Philology*, entre otras. De índole hispánica, destaca cómo a medida de los últimos años han surgido nuevas revistas especializadas, más allá de las publicaciones clásicas de *Emerita*. *Revista de Lingüística y Filología Clásica*, o *Estudios Clásicos*. Es por ello que, aparte de las revistas mencionadas, de cara a trabajar la búsqueda bibliográfica sobre todo he podido utilizar: *Baetica*. *Revista de Arqueología*, *Historia Antigua*, *Filología Clásica*, *Gerión*, *Studia Histórica o Habis*,

En consecuencia, tras una búsqueda en estas revistas de vital importancia, utilicé también otras plataformas, como es el caso de Persée, *academia.edu*, *Google académico*, *Dialnet*, *Jstor*, o *la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. He de destacar en especial un repositorio de fuentes académicas que me ha permitido obtener numerosos artículos y libros digitalizados, aparte de la inestimable ayuda de mi tutor, al cual le agradezco el constante esfuerzo por guiar mi trabajo y resolverme las numerosas dudas.

Todo ello conlleva a una gran cantidad de fuentes que, dentro de los límites, responderá a las numerosas cuestiones planteadas durante el presente escrito, como puede ser qué se

entiende por la figura de tirano, qué motivó la aparición de estas figuras, sus causas y consecuencias y, por último, conocer, mediante el ejemplo de unas tiranías significativas, el caso práctico y real de cómo se implementó dicho régimen de poder.

5. Contexto histórico

Una vez expuestos los rasgos iniciales del escrito, procederé a desarrollar durante las sucesivas páginas el marco teórico que sigue a mi trabajo final. En este sentido, antes de proceder a abordar las cuestiones pertinentes, conviene saber en qué contexto surge la figura del tirano y la tiranía, es decir, el contexto histórico.

Para ahondar en la cuestión de la tiranía, resulta de suma importancia conocer los aspectos esenciales del periodo arcaico, el cual abordaré de manera sucinta y, de este modo, conocer los principales rasgos. Si atendemos al fenómeno de la tiranía, no podemos obviar su amplio espectro geográfico. Esto es, la tiranía mostró su forma de poder tanto en la Grecia Asiática y las islas a su alrededor, como es el caso de Trasíbulo de Mileto o Lígdamis de Naxos, o en el Peloponeso y en Istmo, ya sea por Fidón de Argos o los Ortagoridas de Sición. Además de copar el espacio central de Atenas con Pisístrato, por ejemplo.

Por lo tanto, definir a la tiranía en una cierta región resulta casi imposible, pues es un fenómeno que, a lo largo de los siglos, estuvo presente en determinados contextos. Sin embargo, ¿qué motivó a la aparición de este fenómeno? Fundamentalmente, la conformación de la *pólis*, así como la colonización, y otros aspectos al por menor como puede ser la reforma del ejército o las ansias de poder de una nueva clase social, algo que se reflejará en el siguiente sub apartado.

5.1.1 El surgimiento de la *pólis* y el periodo de la colonización, entre otros elementos

A la hora de abordar el periodo arcaico de Grecia, resulta de sumo interés señalar dos aspectos significativos que condicionarán el surgimiento del tirano y la forma política de la tiranía. El primero, el desarrollo de la *pólis* como espacio territorial que, con sus diversas ramificaciones, ofrecerá un nuevo panorama social. El segundo, el desarrollo acelerado de la economía mediante la expansión de los colonos griegos por el Mediterráneo (Roldán Hervás *et al*; 2013, 90; Finley: 1983, 104-106). Con esto, se producirá un paso progresivo de una sociedad homérica a la *pólis* en sí McGlew (1993:10). Por lo que, siguiendo a Starr (1986:37), no fue una ruptura total, además, será a partir del

siglo VIII a.C. cuando se tenga una mayor documentación, alejándonos de la época oscura y delimitando los nuevos rasgos de la sociedad griega.

En este sentido, la forma política de la tiranía griega se asentó en aquellos territorios más desarrollados desde el punto de vista social, político y económico. Un factor fundamental es que las diferentes ciudades-estados estaban bajo el dominio de las familias aristócratas, cuyo linaje marcaba la dirección hereditaria en el aspecto político y judicial (Sayas Abengochea, 1989: 37-45).

Roldán Hervás *et al* (2013: 90-110) expone las principales causas que tuvo la formación de las polis, algo que sin duda ocasionó la aparición de la tiranía pues la sociedad griega necesitaba regenerar los sistemas políticos anclados a un pasado sin capacidad de respuesta.

En un primer lugar, la transformación que supone mediante el incremento comercial. Esto es, el mundo griego desarrolló una serie de importantes cambios en la actividad comercial, así, fruto de estas relaciones, la polis¹ aprovechará dichos contactos para desarrollar dentro de su territorio. Por ello, si atendemos a este rasgo, no podemos obviar a Tucídides (I. 13:145), cuya visión sobre el desarrollo marítimo con respecto a la actividad económica deja un importante matiz en cuanto al fenómeno de la tiranía:

Al hacerse Grecia más poderosa y dedicarse todavía más que antes a la adquisición de riquezas, en la mayoría de las ciudades se establecieron tiranías con el aumento de los ingresos, y Grecia se puso a equipar flotas y a vivir de cara al mar.

El aumento en las transacciones marítimas motivó a un desarrollo progresivo de la navegación, aumentando la riqueza de estos mercaderes y, en suma, generando un conflicto entre la propia población (Brandt, 1989: 209-220). Fruto de ello, la figura del comerciante y artesano cobró una especial relevancia, es decir, la tiranía, como queda vinculado al tramo marítimo, apoyarán al tirano para conseguir las principales rutas comerciales. Por lo tanto, este cuerpo social, cuyo valor se incrementó hasta la pugna de poder por el poder político con la aristocracia, mantendrá sendas diferencias (Sayas Abengochea, 1989: 36-38).

¹ Conocemos numerosos ejemplos, como Creta, cuya dimensión superior a 8500-9000 km² pudo albergar más de cien estados. Fócide, cuya superficie superir a 1500 km² albergó a 25 ciudades, Argos (1300-1600 km²) o Corinto (850-1000km²). En base, podríamos afirmar que la extensión del territorio permitió configurar a poblaciones asentadas, superando la crisis micénica en la época oscura (Sayas Abengochea 1989: 25-39).

En consecuencia, el campesinado podrá obtener un mayor número de cultivos y utilizar nuevas técnicas que desarrolle esto, logrando maximizar los beneficios. Sin embargo, el incremento demográfico obligó a diversificar el trabajo, surgiendo nuevas formas de explotación que, progresivamente, suponían una mayor brecha social (Ángel de la Torre, 1994: 170-180).

Además, el hecho de querer una mayor participación política de la ciudadanía, supuso un verdadero problema para la integración de todas estas élites (Burchardt, 1998; 160-213), cuya limitación fue impuesta por la aristocracia, dejando así un malestar entre el *demos* griego.

Dicho lo cual, según recoge la historiografía moderna (Plácido, 2007; Sierra Martín, 2014) estos factores se incrementaron con la aparición de un elemento dominador, como es el caso de la moneda. La clásica publicación de Andrewes (1956: 25-26) ofrece una perspectiva similar, pues según el autor, este factor desencadenará una serie de desequilibrios sociales que alterará estas relaciones sociales y comerciales. Posteriormente, otros autores (Oliva, 1986: 366; Finley, 1980: 41-46; Ángel de la Torre, 1994: 170-185; Davies, 2009: 11-13; Roldán Hervás *et al.*, 2013: 118-120), entre otros más, se hacen eco de esta afirmación para sostener que la creación de una clase económica conllevó a un enfrentamiento entre la propia aristocracia, motivando un desequilibrio que llevaría a la propia forma de gobierno de la tiranía.

En segundo lugar, la reforma del ejército (Snodgrass, 1965: 110-122; Salmon, 1977; 85-100; Detienne, 1968; 120-130). Si nos ceñimos a este caso, la reforma hoplita no desencadenó una revolución total, pero sí que aceleró en cierto sentido la política, pues todo aquel elemento al margen del sistema, pudo hacerse notar. En este sentido, Aristóteles (*Política*, 1289 b: 221-224) alude a cómo esta clase tomó especial relevancia en la configuración de un aparato político que, en definitiva, terminaría de constituir un importante rol en el ascenso de la tiranía:

La causa de que existan varios regímenes es que toda ciudad tiene un número grande de partes. En primer lugar, vemos que todas las ciudades están compuestas de familias, luego, a su vez, de esta multitud, necesariamente, unos son ricos, otros pobres y otros de posición media, y de los ricos y de los pobres, los primeros están armados y los segundos sin armas. Vemos también que del pueblo unos son campesinos, otros comerciantes y otros obreros manuales. Y entre los notables existen diferencias según su riqueza y la magnitud de sus bienes, por ejemplo, por la cría de caballos.

Además de las diferencias basadas en la riqueza está la que se basa en el linaje y en la virtud o en cualquier otro factor semejante del que hemos dicho al tratar la aristocracia, que es un elemento constitutivo de la ciudad. Allí explicamos de cuántas partes consta necesariamente toda ciudad. De estas partes, unas veces participan todas 654 en el gobierno, otras menos y otras más.

En este contexto de modificación en la conciencia social, debemos atender a qué papel jugó el tirano, pues fue un elemento que utilizaría para la toma del poder. Esto se manifestó no solo en la protección del sector más desfavorecido – el campesinado –, sino que aprovecharía la progresiva división de la aristocracia para instaurar su poder ². En este sentido, la reforma hoplita no revolucionó por completo el paradigma griego, pero sí que motivó a un cambio profundo, pues el sentimiento de unanimidad en la defensa del territorio (Roldán Hervás *et al.*, 2013: 98-100; Andrewes, 1956: 31; Davies, 2009: 16; Mcglew, 1993: 14-30) se dio, no solo a la defensa de la propia ciudad, sino que incremento la seguridad de los artesanos y comerciantes, que como se ha dicho con anterioridad supuso la formación de una nueva clase social, además de proteger las diferentes rutas comerciales.

En tercer lugar, tal y como se ha indicado con anterioridad, la relevancia de la clase política incipiente, es decir, la aristocracia. La sociedad arcaica griega se caracterizó, primero por un gobierno aristócrata en el siglo VIII a.C., y después, por una oligarquía en el siglo VII a.C. (Gallo, 2013: 54-65). Por ello, la política que se seguiría durante esos dos siglos la marcó una élite social, élite que, de un modo, dominó el espectro político y que, en consonancia, disfrutarán de las mejores tierras para el cultivo. La propia política de los aristócratas, cuya fundamentación se basó en el espectro económica, pudieron controlar y gobernar a las comunidades. Sin embargo, la fragmentación de esta élite, supuso un importante punto para la aparición de las diferentes tiranías arcaicas. Las élites, incapaces de dominar el espectro político, sucumbieron ante una forma de gobierno que, siguiendo a Sierra Martín (2014: 55-62), supondrán un paso intermedio entre las viejas aristocracias y la democracia.

En cuarto lugar, la colonización. La *stenochira*, es decir, la falta de tierras, se produjo por el aumento demográfico de estas polis arcaicas, cuyas extensiones, en un principio, tenían

² Pese a que el ejército lo conformó gran parte del *demos*, entendemos que el grueso del mismo lo conformaron los hoplitas. Sin embargo, cuando el ejército apoyó al tirano, podemos intuir que no es el ejército en sí quién otorgó este poder al tirano, sino que, con el beneplácito del pueblo, el tirano consiguió el anhelo de gobernar.

el dominio de la aristocracia. En este sentido, cabe destacar que, durante el periodo arcaico (VIII-V a.C.), el periodo colonizador motivó la formación de diferentes *póleis* para el desarrollo agrario, en especial en la primera fase (VIII-VI a.C.) (Domínguez Monedero, 1991: 97-133).

Con todo ello, el papel del campesinado sufrió graves contradicciones. Hesíodo refleja la condición de esta clase, que en origen realizaba una política de autoabastecimiento (Domínguez Monedero, 1991) y, posteriormente, fruto de la nueva realidad política y social, reclamaron unas condiciones que se fundamentaron en el apoyo de ciertos sectores, como el ejército, para aupar al tirano como elemento de solución frente a los diferentes agravios sociales, económicos y político.

En definitiva, todo lo anterior recoge, *grosso modo*, una serie de elementos que conformaron el ascenso del tirano. Además de todo estos, no podemos obviar otros factores, como el factor racial (Andrewes, 1956: 54-67) o el prestigio que le confiere al propio tirano (Drews, 1972: 129-144), que, en suma, ayudan a entender las diversas motivaciones para el ascenso de estas personalidades.

En contraposición, la época clásica cambió el paradigma, pues la introducción de la democracia limitó estos sistemas tiránicos y oligárquicos en aras de nuevas experiencias democracias. A pesar de la limitación que obtuvo esta forma, hubo ciertos territorios donde el ascenso se produjo por el apoyo del campesinado libre o bien en aquellas regiones alejadas de la esfera de influencia persa, es decir, en territorios de Asia Menor donde todavía el influjo persa era menor. Cabe destacar varias regiones, como son: el estrecho de Mesina y Sicilia, Leontinos o Falaris, Anaxilas de Región o Siracusa fueron los territorios cuya red seguía vigente la propia tiranía (Uriel Fernández, 2014: 238). En última instancia, la tiranía no se derrocó por completo. Los tiranos seguían marcando su política bajo el brazo ejecutivo de la ley, sin embargo, en ciertos momentos, como por ejemplo el caso ateniense – que se desarrollará con posterioridad – supuso una mejora para Atenas, pues consolidó al campesinado, puso de relieve la crisis agraria y propició que la clase más débil, *thetes*, participaran en el espectro cívico (Roldán Hervás *et al.*, 2013: 166).

6. El significado etimológico de tirano y tiranía a través de la visión clásica de las fuentes

Como aludía en la introducción del trabajo, si miramos con perspectivas los numerosos trabajos sobre la tiranía griega, y en especial, la época arcaica, no disponemos de una gran variedad, por no decir casi limitada, de trabajos que ahonden en la investigación histórica. En este sentido, los autores clásicos, también citados con anterioridad, ofrecen una visión ciertamente distorsionada sobre qué supuso el régimen tiránico o la propia figura del mismo (Plácido, 2007).

Debemos tener en cuenta que cada tirano dispone de un contexto, sin embargo, si atendemos a una característica común entre los tiranos no podemos obviar el gran poder personal que aúnan bajo su figura (Dopico Cárnoz, 1998: 120-130; Sierra Martín, 2014: 70-73), pues es una característica que es intrínseca a la realeza monárquica.

Dicho esto, las publicaciones monográficas acerca de la figura del tirano y la tiranía ofrecen una perspectiva ciertamente generalista, además de no ahondar en factores que van más allá de aspectos políticos o sociales (Drews, 1972: 130-135, Mossé, 1969) pues las relaciones de poder son, sin duda, un componente que la historiografía actual da como un poderoso punto de partida (Sierra Martín, 2014: 55-70).

6.1.1. La valoración etimológica

No obstante, la definición de tirano en el periodo arcaico difiere de lo que posteriormente se ha recogido. Para entender esto hemos de analizar dos vertientes: la primera, el valor etimológico del nombre y la segunda, la propia valoración peyorativa – en la mayoría de casos – de los autores en su determinado contexto.

En la publicación española (Ángel de la Torre, 1994: 153-165) ofrece un análisis pormenorizado de las razones de este término. Pese al año de publicación, no podemos obviar su contenido estructurado y coherente, pues sintetiza a la perfección aquellos elementos que configuraron la calificación de esta forma de gobierno con las fuentes primarias.

El origen de tirano tiene múltiples matices. Respecto al apartado político, Aristóteles expone que la tiranía es una forma de gobierno por la cual el poder personal se ha degenerado, aprovechando la corrupción de la aristocracia (De los Reyes, 2018: 218-314). Si nos situamos en los aspectos económicos, la aparición de la moneda permitió un nuevo intercambio que favoreció a las clases más altas, así como el fomento de la desigualdad

social. Además, el enfrentamiento entre clases derivó en que la aristocracia perdiera progresivamente su estatus privilegiado y el campesinado, quién sufrió las graves consecuencias, aupó al poder a la tiranía.

Ciñéndonos a nuestro caso, el valor etimológico de tirano (*týrannos*) es, a día de hoy, un asunto difuso dentro de la propia investigación histórica. De cualquier modo, conocemos que no se trata de una palabra griega ni indo-europea, pues tiene una aceptación de origen lidio. Por ello, de ahondar en la clásica valoración cuestión vinculada a los modelos orientales, y en la visión de las fuentes, no podemos obviar un clásico trabajo (Hegyí, 1965: 307-311; Mossé, 1969). En este, al término tirano, concretamente la raíz *tern*, se vinculó con un origen licio, pues significa ejército. Por ello, observamos que, desde un principio, a esta forma de gobierno se le ha vinculado con un poder que se puede interpretar como violento, necesitando la ayuda de la violencia para imponerse o quizás como un elemento disuasorio (Braccesi, 1982: 15-50; Drews, 1972: 129-144). Siguiendo esta valoración, *tern-nos* podía aludir al jefe del ejército, que con el término *koiranos* – jefe del ejército—, apoya esta tesis. En suma, podemos observar como esta denominación de *týrannos* puede aludir a una fuerza armada, lo suficientemente importante para dominar a una población y dando lugar a una relación recíproca: el tirano domina a dicha población (De la Torre, 1994: 157-159). No obstante, no ha de ser una dominación peyorativa, es decir, dónde el tirano abuse de su poder, pues las tiranías arcaicas, lejos de la opinión peyorativa de las fuentes clásicas (Sierra Martín: 2014: 70-73), solventaron las crisis de las *póleis*. En estos términos, el tirano asume la totalidad de los poderes y la función del medio político, otorgándose a él mismo la legitimidad para el mandato. Puede, por tanto, tener el apoyo de la ciudad-estado o conservar de manera déspota el poder (Domínguez Monedero, 1991: 170-178; Barron, 1964: 211-225; Braccesi, 1982: 15-50).

En cuanto a la vinculación del término *týrannos*, que derivará en tirano, el interés de la historiografía clásica ha recogido que son mucho los estudios que aluden la cuestión a los modelos orientales (Mcglew, 1993: 14-50; Plácido, 2007: 133-138; Sierra Martín, 2014: 55-70; Gallo, 2013: 200-207; Andrewes, 1956: 8). Como se ha recogido con anterioridad, parece que la palabra en su origen no tiene una vinculación greco-indoeuropea, por lo tanto, su origen Lidio queda expuesto cuando Arquíloco, por primera vez, alude a dicha denominación bajo la figura de Giges (Plácido, 2007: 133):

No me preocupa lo que posee Giges, rico en oro, ni ha hecho presa en mí la ambición ni envidia las acciones de los dioses, y tampoco me atrae la poderosa tiranía

Tal y cómo alude el texto, podemos observar que se trata de una manera de poder personal (Mazzarino, 1989: 193-196) sin ningún tipo de valoración positiva o negativa pues el matiz de cada tiranía se dará con el paso de la circunstancia histórica. Siguiendo este hilo, debemos tener en consideración qué perspectiva se tenía en la época arcaica sobre el tirano y la tiranía. El tirano simplemente era un gobernante (De la Torre, 1994: 108-109), cuya forma de gobierno tiene su auge durante los siglos VII-VI a.C. especialmente debido a las transformaciones de las diferentes *pólis*.

Por lo tanto, en un principio no tenía ninguna connotación negativa. De hecho, en la literatura, tanto *tyranno* como *basiléus* suponían sinónimos (Jufresa y Fau, 2007: 99). Sin embargo, esta terminología difiere en las diferentes formas de gobierno, cuyas formas de poder varían entre los siglos VIII-VI a.C.: monarquía, tiranía, democracia, aristocracia-oligarquía (Gallo, 2013: 200-204; Plácido, 2007: 128-245).

En consecuencia, la terminología de *tyranno* y *basiléus* siempre ha propuesto un intenso debate dentro de la propia historiografía. Por ejemplo, en las ciudades donde la monarquía había sido derrocada y la ciudadanía no tenía intención de volver a esta forma de poder, hacían un uso instintivo de ambas palabras. Heródoto, al tratar a los reyes extranjeros – Asia –, los denominaba como *basiléus* en mayor medida y *týrannos* en menor medida. Aquel territorio griego cuya forma de tiranía obtuviera la forma de gobierno, sí que designa el término tirano como tal (Andrewes, 1956: 16-28; Sayas Abengochea, 1989: 35-37; 105; Gray, 1996: 340-360; Tamiolaki, 2015: 2-9).

A tenor de lo anteriormente expuesto, *basiléus* se tomó como una forma de dirigirse a los antiguos reyes que heredaban su poder, mientras que la terminología tirana se utilizó para aquel personaje que, de una manera ilegítima, accedía a la magistratura del poder, tal y como recoge las fuentes clásicas de la época a raíz del siglo V/IV a.C. (Tamiolaki, 2015: 2-9), opinión seguida de Mossé (1969), cuya valoración radica en que el propio tirano se diferencia del Rey (*Basileús*) por adueñarse de una autoridad hereditaria y legítima, de una manera casi violenta, y del Legislador (*Thesmothetes*) pues la toma del poder está avalada a través del *demos* y las instituciones (Uriel Fernández: 2014: 234-237). Por lo que es ciertamente normal que al tirano se le denomine Rey (*Basileús*), Legislador o Arconte (Roldán Hervás et al., 2013: 119-124.).

En todo caso, la aceptación general que tiene la investigación académica viene acorde a la publicación clásica de Andrewes (1956: 24-27), cuya síntesis en total dictaminó que el término *tyranno* supuso un punto de partido diferente a los estados monárquicos. Esto es, bajo la figura de dominador, tuvo que adoptar un nuevo rol para solventar las diferentes crisis que asolaron a las ciudades – en especial las económicas (agrarias) –, pero que, debido a sus actuaciones, en la mayoría de casos destruiría los logros conseguidos.

En suma, la tiranía surge como una medida especial. Supuso una paliación al estado, fruto de las incesantes acciones déspotas de la aristocracia y ante la incapacidad de las estructuras en las sucesivas ciudades-estado para poder solventar las dificultades acontecidas. Sin embargo, cuando el tirano logra salvar estas dificultades, su acción despótica recae para mantener el poder (Giorgini, 1993: 360-375).

6.2.2. La visión en las fuentes clásicas

A pesar de formar parte de un sub-apartado, la idea a desarrollar está intrínsecamente relacionado con la terminación de tirano. No podemos obviar la controversia que genera el propio término, no solo por su vinculación con la realeza monárquica (Dopico Caínzos, 1998: 135), sino por la construcción de este término, tirano, que en un principio se levantó para aliviar la crisis de las diferentes *póleis* hasta el punto de ser casi despreciado por las sucesivas fuentes clásicas, es decir, la visión distorsionada a través del tiempo. Es por ello, que se tratará de sintetizar y poner de relieve aquellos aspectos esenciales de los autores cuyo calado histórico ha influido de una manera u otra en la visión clásica de la historiografía. Por ejemplo, la perspectiva sobre la visión del tirano está supeditada, en ocasiones, a ciertas ideas pre-definidas por la historiografía que se vincula con la perspectiva de Maquiavelo y Aristóteles. Esto es, mientras que en el príncipe de Maquiavelo el poder de este se basa en una dualidad moral, para los pensadores griegos el tirano posee su poder lejos de la legislación de la ciudad-estado (Ansieta Núñez, 1987: 85-88).

De otro modo, debemos considerar que esta forma de gobierno, tal y como la concebimos a día de hoy, no depende exclusivamente de la opinión formada de estos historiadores clásicos o de las fórmulas filosóficas. Es cierto que apenas tenemos escritos en la época arcaica, y que la mayoría de opiniones versa de esta época posterior, la época clásica. Sin embargo, tal y como se está desarrollando en el presente trabajo, múltiples aspectos que conciernen al tirano y la tiranía ofrecen diferentes perspectivas que pueden diferir de estos tratados.

Sin embargo, debemos de poner en relieve el contexto histórico. Hasta el siglo V-IV a.C., el concepto de tirano se entendía como en un principio se defiende en este trabajo: el ascenso de una personalidad que, en la mayoría de casos, ofrece soluciones a las diferentes crisis de las ciudades-estado y que, en suma, se trata de dar una solución ante la problemática con el abuso del poder de la aristocracia, sin ningún tipo de matiz negativo. En contraposición, la progresiva decadencia del mundo de la pólis en especial a raíz del siglo IV a.C. (De la Torre, 1994: 174-177; McGlew, 1993: 124-140), el término comienza a adquirir un término más peyorativo (Domínguez Monedero, 1991: 170-179).

De hecho, la vinculación con el gobierno unipersonal romano (Lewis, 2006: 224-238) viene porque hasta esta decadencia del helenismo, la connotación era neutral, mientras que a raíz de esto el tirano se convierte en un déspota que va en contra del pueblo, ya sea con conflictos bélicos constantes o mediante la desobediencia de las prerrogativas de sus conciudadanos, algo que el autor asimila a ciertos políticos romanos.

A raíz de lo anteriormente expuesto, se citará a los principales autores clásicos que, de un modo u otro, fundaron una opinión sobre la tiranía. Las valoraciones recogidas en las siguientes líneas son suscitadas, pues el trabajo no versa sobre esto, pero sin duda, resultan fundamentales para tener una mejor concepción sobre el fenómeno desarrollado. Para ello, no solo se aludirá a algunas obras de referencias, sino que se tratará de exponer un fragmento significativo, pues resulta de vital importancia comprender el contexto, así como el manejo implícito de las fuentes primarias.

- [Heródoto](#)

Tras esto, debemos poner en relieve como primer autor clásico a Heródoto, cuya información sobre las diferentes formas de poder es fundamental (Tamiolaki, 2015: 2-9). En su obra (Hdt. III.80: 500-503) aún la concepción del poder griego, posicionándose de una manera ciertamente peyorativa hacia la propia tiranía. Es por ello que, sin lugar a dudas, el siguiente extracto resulta fundamental. No solo para la asimilación de las diferentes formas de poder, sino para situar un punto de partida a la visión de la tiranía:

III. 80. I. De allí a cinco días, sosegado ya en Susa el público tumulto, los septemvirov levantados contra los magos empezaron a consultar entre sí acerca de la situación y arreglo del imperio persiano; y en la deliberación se dijeron cosas y pareceres que no se harán creíbles a los griegos, pero que no por esto dejaron realmente de decirse. Aconsejables Otanes, en primer lugar, que se dejase en manos del pueblo la suma potestad del Estado, y les hablaba en esta conformidad:

- «Mi parecer, señores, es que ningún particular entre nosotros sea nombrado monarca de aquí en adelante, pues tal gobierno ni es agradable ni menos provechoso a la sociedad avasallada. Bien sabéis vosotros mismos a qué extremos no llegó la suma insolencia y tiranía de Cambises, y no os ha cabido poca parte en la audacia extremada del mago. Quisiera se me dijese cómo cabe en realidad, que la monarquía, a cuyo capricho es dado hacer impunemente cuanto se le antoje, pueda ser un gobierno justo y arreglado. ¿Cómo no ha de ser por sí misma peligrosa y capaz de trastornar y sacar de quicio las ideas de un hombre de índole la más justa y moderada cuando se vea sobre el trono? Y la razón es, porque la abundancia de todo género de bienes engendra insolencia en el corazón del monarca, juntándose esta con la envidia, vicio común nacido con el hombre mismo. Teniendo, pues, un soberano estos dos males, insolencia adquirida y envidia innata, tiene en ellos la suma y el colmo de todos. Lleno de sí mismo y de su insolente pujanza, cometerá mil atrocidades por mero capricho, otras mil de pura envidia, siendo así que un soberano a quien todo sobra debiera por justo motivo verse libre de los estímulos de tal pasión. Con todo, en un monarca suele observarse un proceder contrario para con sus súbditos: de envidia no puede sufrir que vivan y adelanten los sujetos de mérito y prendas sobresalientes; gusta mucho de tener a su lado los ciudadanos más corrompidos y depravados del Estado; tiene el ánimo siempre dispuesto a proteger la delación y apoyar la calumnia. No hay hombre más receloso y descontentadizo que un monarca. ¿Es uno parco o contenido en admirar sus prendas y subirlas a las nubes? Se da él por ofendido de que se falte al acatamiento y veneración debida al soberano. ¿Es otro, por el contrario, pródigo en dar muestras de su respeto y admiración? Se te desdenea y mira como a un adulator falso y vendido. Y no es eso lo peor; lo que no puede sufrírsele de ningún modo es ver cómo trastorna las leyes de la patria; cómo abusa por fuerza de las mujeres ajenas; cómo, finalmente, pronuncia sentencia capital sin oír al acusado. Mas, al contrario, un estado republicano, además de llevar en su mismo nombre de *Isonomía* la justicia igual para todos y con ella la mayor recomendación, no da prácticamente en ninguno de los vicios y desórdenes de un monarca; permite a la suerte la elección de empleos; pide después a los magistrados cuenta y razón de su gobierno; admite, por fin, a todos los ciudadanos en la liberación de los negocios públicos. En resolución, mi voto es anular el estado monárquico, y sustituirle el gobierno popular, que al cabo en todo género de bienes siempre lo más es lo mejor.» Tal fue el parecer que dio Otanes.

III. 82. Pero Megabizo, en el voto razonado que dio, se declaró por la oligarquía, favoreciendo a los grandes por estas razones:

- «Desde luego, dijo, me conformo con el voto de Otanes; dando por buenas sus razones acerca de acabar con la tiranía; más en cuanto a lo que añadió de que pasase a manos del vulgo la autoridad soberana, en esto digo no anduvo acertado. Es cierto que nada hay más temerario en el pensar que el imperito vulgo, ni más insolente en el querer que el vil y soez populacho. De suerte que de ningún modo puede aprobarse que para huir la altivez de un soberano se quiera ir a parar en la insolencia del vulgo de suyo desatento y desenfrenado; pues al cabo un soberano sabe lo que hace cuando obra; pero el vulgo obra según les viene a las mientes, sin saber lo que hace ni por qué lo hace. ¿Y cómo ha de saberlo, cuando ni aprendió de otro lo que es útil y laudable, ni de suyo es capaz de entenderlo?

Cierra los ojos y arremete de continuo como un toro, o quizá mejor, a manera de un impetuoso torrente lo abate y arrastra todo. ¡Haga Dios que no los persas, sino los enemigos de los persas dejen el Gobierno en manos del pueblo! Ahora debemos nosotros escoger un consejo compuesto de los sujetos más cabales del Estado, en quienes depositaremos el poder soberano. Vamos a lograr así dos ventajas, una que nosotros mismos seremos del número de tales consejeros, otra que las resoluciones públicas serán las más acertadas, como debe suponerse siendo dictadas por hombres del mayor mérito y reputación.

La elección de este texto no es baladí. Como podemos observar, Heródoto expone de una manera magistral las diferentes formas de gobierno – monarquía, oligarquía, tiranía, democracia – a través del ascenso de Darío I al poder en Persia, aunque no podemos obviar el marcado matiz peyorativo hacia la tiranía (Tamiolaki, 2015: 2-9). Es más, utiliza la opinión de Darío, Megabizo y Otanes – monarquía, oligarquía y democracia— para exponer qué ventajas y qué inconvenientes presenta el poder personal, algo que, como alude Plácido (2007: 128-131), permite ver una perspectiva sobre el concepto del poder griego en las diferentes formas de poder. La tiranía es vista de una manera peyorativa pues utiliza a los magos como formas de poder tiránica, usurpadores del poder, sin embargo, al final del texto parece que la solución del tirano se entiende para la protección del pueblo, dando a lugar un debate entre si el tirano es realmente un usurpador o se ha distorsionado su imagen. No obstante, a través de Otanes queda clara la perspectiva de Heródoto: el espíritu democrático ateniense del siglo V a.C. y el espíritu de la *isonomía*, para lograr, de este modo, el reparto ante la ley en derechos cívicos (De la Torre, 2018: 18-19; Plácido, 2007: 130-132). De esta manera, Otanes defiende la participación colectiva, frente a la no inclusión del pueblo en regímenes como la oligarquía o la monarquía, que tienden más a la tiranía. A través de la *isonomía*, por tanto, el pueblo y los mejores tendrán un mejor valor que los individuales, es la teoría de la tiranía del *demos* (Plácido, 2007: 131).

En síntesis, la valoración que hace el mismo a través de los capítulos a través de estos capítulos octogésimo y octogésimo segundo resulta de vital importancia, no solo por la representación de Otanes como principal valedor de la democracia – por tanto, representa el gobierno de muchos por encima de la propia monarquía y la oligarquía –, Megabizo opta por la oligarquía, a diferencia de Darío, cuyo discurso implícito expone que la monarquía es el mejor sistema. Por tanto, ¿qué papel tiene la tiranía? Otanes, a raíz de su discurso, expone como la monarquía se degenera hasta que un hombre requiere todos los recursos – y matiza que no actúa – para gobernar. En definitiva, Homero defiende en este

extracto que la tiranía es aquel quién genera recursos, participa en la pugna del poder y desplazan a toda persona del poder, independientemente de la familia (Molina Ayala, 2018: 82-84)

Esta particular visión viene dada por los sucesivos discursos que el mismo autor expone sobre la visión de los diferentes regímenes, en especial a la tiranía, cuya forma despectiva está presente en la caída de la misma (Hdt. V. 55 para la caída de la tiranía) cuyo principal precedente es la propia democracia (Hdt. V. 65), así como el rechazo de la tiranía y la liberación de Atenas de este gobierno déspota (Hdt. V. 79-96) (Tamiolaki, 2015: 2-9).

Para finalizar, si atendemos a la terminología empleada por el autor, Heródoto, como aludíamos con anterioridad (Andrewes, 1956: 16-28), utiliza de una manera ambigua la palabra de tirano, pues en ocasiones suele asociarlo con un monarca y en otras con el ascenso de una personalidad ilegal. Algo que, en alusión a Plácido (2007: 129-145), lo hace desde una perspectiva hostil. Si atendemos a Ferrill (1978: 383-385), la palabra *basiléus* la utiliza más de ochocientas veces, mientras que monarca no supera la veintena, *týrannos* oscila entre cien citaciones. Esto tiene su explicación, y es que Heródoto designaba a los reyes de Asia menor como *basiléus*, pero la connotación negativa, tal como sigue Ferrill, estaba presente ya en la conciencia griega y, por ende, en los escritos del autor clásico.

- [Tucídides](#)

La perspectiva de Tucídides es clara. A diferencia de Aristóteles, la estabilidad de un régimen político era innegociable, ya que cualquier *kinesis* que provocara una inestabilidad daría paso al caos político y, por ende, a los tiranos (De la Torre, 1994: 113).

Por tanto, Tucídides marca en su obra cuál es su perspectiva con respecto a la tiranía. Esta supone, tal y cómo se expresó al inicio del marco teórico, a la aparición de un comercio que desarrolla en buena medida las actividades del mar y la flota (I. 13: 145):

Al hacerse Grecia más poderosa y dedicarse todavía más que antes a la adquisición de riquezas, en la mayoría de las ciudades se establecieron tiranías con el aumento de los ingresos, y Grecia se puso a equipar flotas y a vivir de cara al mar.

Es por esto, que siguiendo los ilustrados textos de Plácido (1989: 155-164), cuya repercusión ha recogido la historiografía actual, podemos aludir a una serie de cuestiones concretas sobre el tirano y la tiranía en este autor.

Si atendemos a los motivos por el cual alude a la aparición de la tiranía, Tucídides, En su obra *Historia del Peloponeso*, concretamente en el primer libro, insiste en la idea de cómo

re relaciona tanto el poder del mar y su control, ahondando en la idea de que el tirano no hace mucho más por su ciudad, es decir, que lleva la gestión sobre mínimos, destacando como esta visión no llega a ser, al menos, explícitamente peyorativa (Plácido, 1989: 155).

Otro motivo es la concepción que tiene en cuanto a las relaciones de poder con las diferentes ciudades estado. Atendiendo a las graves consecuencias que supuso la propia Guerra del Peloponeso, ciertos personajes intentaron aprovecharse de las condiciones más oscuras del ser humano. De este modo, Tucídides expone no solo cómo de tirano es el Imperio, cuyas repercusiones afectaron a todos los niveles, sino la problemática entre la oligarquía – creciente, según el autor – y la propia democracia. En el siguiente texto, se refleja estos aspectos (Th. VI. 60.II: 250):

En pueblo de Atenas tenía en la mente estos hechos y recordaba todo lo que había oído decir sobre ellos: por ello se mostraba entonces duro y su suspicaz respecto a los que habían sido acusados por el asunto de los misterios, y creía que todo aquello había sido hecho con vistas a una conjuración oligárquica y conducente a la tiranía.

Además, fruto de estas relaciones de poder, podemos observar cómo en ese mismo libro (Th. VI. 89) alude a una cuestión vital. ¿El saber guiar a un pueblo, ofrecerle una serie de condiciones positivas puede resultar tendencioso para convertir el régimen en una tiranía?

- [Platón y Jenofonte](#)

Para Platón y Jenofonte, el tirano supone un ser ignorante cuya actuación repercute negativamente en el colectivo (De los Reyes, 2018: 56). Ambos autores viven un periodo convulso: Pericles, el padre de la democracia, perece. Atenas, cuna de la cultura griega en el siglo V a.C., es azotada por un terrible brote de peste y por los numerosos conflictos bélicos. Además, ambos autores vivieron el inestable período de los Treinta Tiranos de Atenas, algo que terminó por configurar la opinión mayormente peyorativa de esta forma de gobierno como es la tiranía (Drews, 1972: 130-135; Mcglew, 1993: 140-150; Uriel Fernández, 2014: 600-620).

En el caso de Platón tenemos como exponente su *República*. En esta, analiza las diversas formas de gobierno. Para él, la vía menos perjudicial es la timocracia, seguida de la oligarquía y democracia. Por tanto, la tiranía es la última vía de gobierno, algo que queda perfectamente visible en el libro VIII (Jaeger, 1996: 720-750). En el siguiente extracto (*Diálogos IV, Rep.* 562 a), podemos observar cómo se forma la opinión peyorativa de la negativa:

...Vamos a ver ahora, querido amigo, con qué carácter surge la tiranía: es bastante claro que surge por un tránsito a partir de la democracia.

-Suficientemente claro.

- ¿Y no surge del mismo modo la tiranía de la democracia que la democracia de la oligarquía?

- ¿De cuál modo?

- El bien en que se proponía la oligarquía y por el cual esta fue instituida. ¿No era acaso la riqueza en exceso?

- Sí.

- Y el deseo insaciable de riqueza, de lucrarse, es lo que se ha perdido.

- Verdad.

- ¿Y no es a su vez el deseo insaciable de aquello que la democracia define como su bien en lo que hace sucumbir a esta?

- ¿Y qué es lo que dices que define como su bien?

- La libertad...

-Por lo tanto, como iba a decir ahora, el deseo insaciable de la libertad y el descuido por las otras cosas es lo que altera este régimen político y lo predispone para necesitar de la tiranía.

- ¿De qué modo?

- Cuando un Estado democrático sediento de libertad llega a tener como jefes malos escanciadores, y se embriaga más de la cuenta con ese vino puro, entonces, pienso, castiga a los gobernantes que no soy muy flexibles ni proporcionan libertad en abundancia y los acusa de criminales y oligárquicos.

En estos términos, la democracia queda pertrechada por una forma tiránica, cuya limitación se hace patente tanto en la libertad individual y colectiva. Es decir, la democracia que se desvía, conduce a una demagogia tiránica, algo que, indudablemente, corrompe al individuo y a su virtud libre y, por tanto, es una degeneración de la democracia (De los Reyes, 2018: 94; Branda, 2007: 60-75). Fruto de esta inestabilidad política y coacción individual, Platón argumenta que la tiranía no solucionará dicha problemática (Cawkwell, 1995: 82), sino que la aumentará, pues confirma las desavenencias políticas que han derivado en esta forma y pone de relieve la falta de un sistema democrático (De la Torre, 1994: 173-174).

En el caso de Jenofonte, encontramos una gran diferencia con respecto a los otros autores. Él no expone el caso de diferentes gobiernos para justificar cuál es el más adecuado, simplemente opta por enunciar, a través de su obra *Hierón* (De los Reyes, 2018: 350-370), las adversidades que el régimen tiránico puede presentar.

Es por ello que el autor plantea la concepción de tirano en esta obra, primero anteponiendo las consecuencias de tener un régimen de esta índole y después la manera en la que se

puede mejorar dentro de esta forma de gobierno. Es por eso que el planteamiento de Jenofonte resulta ciertamente paradigmático (Cawkwell, 1995: 72-73), pues no trata de derrocar a esta forma o de designar apelativos totalmente peyorativos, sino que trata de mejorarla para conseguir un equilibrio político. Además, este término neutro sin una carga ambigua ni peyorativa viene infundado también por el término arconte, un gobernante más, por lo que, en efecto, Jenofonte no trata con dureza esta denominación ni a la propia forma de gobierno (Molina Ayala, 2018: 85-86; Finley, 1983).

- Aristóteles

Para Aristóteles, tanto monarquía como tiranía tienen una cierta similitud en la forma de gobierno ³, pues considera que la monarquía supone una desviación impura como forma personal que recae bajo la tiranía, pero que el margen legal de la monarquía viene infundado por sus ciudadanos, en contraposición al tirano, cuyo gobierno es ejercido de una manera déspota (Braccesi, 1982: 15-50). Fruto de esta, en sus escritos (*Pol.* 1286b, 1305a, 1308a y 1310b), expone las formas en que la tiranía consiguió el poder. Mayoritariamente, la perspectiva del demagogo es la que más utiliza, seguida del aprovechamiento del cargo público tras la inestabilidad política, el tirano que aprovecha la debilidad de la monarquía y el que se desmarca de la oligarquía (Sierra Martín, 2014: 60).

Atendiendo a esta definición de tiranía, podemos intuir cómo la corrupción del poder monárquico, y de la propia democracia, ha recaído en una visión peyorativa sobre el tirano. Su visión negativa hacia esta (Ansieta Nuñez, 1987: 80-85) viene infundada por las artimañas que utiliza el tirano para permanecer en el poder, tremendamente perversas. En consecuencia, se realiza la disposición contra el *demos*, pues ejerce el poder sin su consentimiento.

Es más, cuando Aristóteles alude a los demagogos, no solo lo hace con dicha intención, sino que además los eleva al mismo nivel que los tiranos, pues, bajo su definición, aparecen donde las leyes han perdido su potestad y pervierte a la masa para que lo apoyen

³ Sin embargo, a pesar de contener ambas formas de gobierno un poder personal, Aristóteles deja claro que la monarquía tiene una base legal, tanto en la ley como en el apoyo del *demos*, mientras que el tirano suele acceder al poder y lo mantiene desde un despropósito régimen tiránico contra la ley. Además, la ética para gobernar difiere entre un régimen y otro (Ansieta Nuñez, 1987)

en el poder (De la Torre, 1994; 175-177; Anseta Núñez, 1987; 80-83; De la Torre, 2018: 292-320). En este sentido, Aristóteles (*Pol.* 1292 a: 232-233) expone dicha situación:

Otra forma de democracia es aquella en la que todos participan de las magistraturas, con sólo ser ciudadano, pero la ley es la que manda. Otra forma de democracia es en lo demás igual a ésta, pero es soberano el pueblo y no la ley; esto se da cuando los decretos son soberanos y no la ley. Y esto ocurre por causa de los demagogos. 26 Pues en las ciudades que se gobiernan democráticamente no hay demagogos, sino que los ciudadanos mejores ocupan los puestos de preeminencia; pero donde las leyes no son soberanas, ahí surgen los demagogos. El pueblo se convierte en monarca, uno solo compuesto de muchos, ya que los muchos ejercen la soberanía, no individualmente, sino en conjunto. Homero a cuál se refiere al decir que no es bueno el gobierno de muchos, ¿acaso a éste, o a aquél cuando los jefes son varios ejerciendo el poder cada uno individualmente?, la cosa no está clara. Un pueblo de esta clase, como si fuera un monarca, busca ejercer el poder monárquico, sin estar sometido a la ley, y se vuelve despótico, de modo que los aduladores son honrados, y una democracia de tal tipo es análoga a lo que la tiranía entre las monarquías. Por eso su carácter es el mismo: ambos regímenes ejercen un poder despótico sobre los mejores, los decretos son como allí los edictos, y el demagogo y el adulador son una misma cosa o análoga: unos y otros tienen una especial influencia en sus dueños respectivos, los aduladores con los tiranos, y los demagogos con los pueblos de tal condición. Esos son los responsables de que los decretos tengan la autoridad suprema y no las leyes, presentando ante el pueblo todos los asuntos; pues les sobreviene su grandeza por el hecho de que el pueblo es soberano en todas las cosas, y ellos controlan la opinión del pueblo porque el pueblo les obedece.

A raíz de ello, observamos la importancia del demagogo en contraposición al régimen democrático. Figura que ha utilizado al pueblo con fines anti-constitucionales, y que, según el autor, resultó fundamental para la llegada al poder del tirano. Además, si atendemos a su obra *Política*, y más concretamente en este extracto, el autor trata de justificar que sin un marco de ley gobierno, el poder se corrompe y, por lo tanto, ha de tener una ley imparcial (Cawkwell, 1995: 75-76). Siguiendo estas afirmaciones, el autor aboga por incidir en la figura del demagogo, pues son el origen de los tiranos. Su método es la demagogia, aprovechándose de los sectores más radicales de la democracia y oligarquía. En base a ello, las revoluciones y la falta de una ley explica en qué deriva: el régimen tiránico (De la Torre, 2018: 294-296).

Por último, no deja de ser sorprendente cuando el autor aconseja a los tiranos sobre cómo gobernar (*Pol.* VIII. IX.). Es decir, Aristóteles opta por decir a estos tiranos la manera en la que debe favorecer al pueblo, primero con los recursos disponibles y después formulando que, en efecto, el gobierno se realiza desde el respeto y no el temor (Anseta Núñez, 1987: 82-84).

En resumidas cuentas, la tiranía es un régimen personal, cuyo dictamen político se asocia a la figura del poder en una única persona – como la monarquía, de una sola persona –. Es por ello, atendiendo al inicio de este apartado, que el autor expone la semejanza con ambas formas de gobierno como una forma de monarquía, pero más orientado al estado absolutista que democrático. Además, Aristóteles abogaba por una estabilidad política, algo que tan solo el régimen democrático podía dar. Es por ello que cuando habla de este, expone que, si bien no es el más correcto, asegura un comportamiento ético y moral adecuado, aunque también era conocedor de una posible desviación – en este caso, hacía la tiranía – y que para evitar esto, se debía formar a la ciudadanía para evitar estas tensiones sociales y políticas y, definitivamente, impedir el acceso de los tiranos (De la Torre, 1994: 112-113; Cawkwell, 1995: 76; Finley, 1983).

Para concluir este apartado, podemos valorar las diferentes opiniones que tienen estos autores para la transformación peyorativa del término. En este, se ha obviado las referencias a tiranías directamente, pues entendemos que, en el siguiente apartado, es dónde pueden estar ubicadas. En consecuencia, pasamos a comprender cómo el tirano surge para solucionar una crisis en una ciudad –estado, en la mayoría de casos, para, en base a estas opiniones, una degeneración de la democracia o monarquía, donde una persona ostenta el poder y no valora por el bien común, sino por el suyo propio.

7. La tiranía en la Grecia Arcaica

Una vez tratado el concepto de tirano y tiranía a través de la época arcaica y clásica, así como su contexto, procedemos a estudiar tres casos significativos para ver cómo esta forma de gobierno se desarrolló.

7.1 La tiranía de Corinto: El clan de los Baquiadas y Cípselo

Debido a un desarrollo cronológico de mi investigación, he decidido comenzar por estas tiranías. Es por ello que tanto Cipsélidas como Ortagóridas resultan los primeros ejemplos de tiranía en la Grecia arcaica.

El establecimiento de estas tiranías en el territorio se explica desde dos perspectivas. Una es la del control y asentamiento en el territorio. Es decir, Corinto resultó ser un importante eje vertebrador en la economía del lugar pues disponía de numerosas vías de comercio y comunicación en el mar. La otra, y no por ello menos importante, es la influencia del clan de los Baquiadas.

En este sentido, Corinto supuso el centro de una elaborada cerámica que, a mediados del siglo VIII a.C., los dotó de un importante conocimiento sobre las técnicas artesanales y de un dominio del mercado en cuanto a las rutas comerciales sobre el norte de Grecia y del Peloponeso (Roldán Hervás *et al.*, 2013: 122).

Atendiendo a la historiografía tradicional, uno de los aspectos que destacan sobre este clan es su condición de familia aristocrática. Como se ha mencionado con anterioridad, la repercusión social de los aristócratas en la Grecia arcaica condicionó el comportamiento de la población. Esto, a su vez, se convirtió en un aspecto relevante para el ascenso de Cípselo como tirano en el 655 a.C (Drews, 1972: 129-144; Roldán Hervás *et al.*, 2013: 123.).

Por ello, debemos poner de relieve la importancia de dicho clan. Como establece los postulados de los autores clásicos (Est. VIII. 337-338), la influencia de poder del clan de los Baquiadas (Sayas Abengochea, 1989; 53-58) se fundamentó en la asentar una serie de enclaves comerciales a lo largo del territorio. Así, la fundamentación clásica sobre la vinculación de la tiranía y su importancia en el aspecto marítimo cobra importancia junto a un elemento dominador, como es la importancia del aspecto político en dicho papel.

Pero las causas de esta pérdida aristócrata y el surgimiento de Cípselo como tirano se explica por varios motivos, entre ellos, la incapacidad de la propia clase política dirigente para hacer frente a las peticiones del campesinado (Oliva, 1985: 365; Buckley, 2010: 47-52). Si atendemos a la clásica publicación de Heródoto (V. 90-92) podemos deducir una serie de rasgos esenciales: los matrimonios del clan Baquiadas debían realizarse dentro de la misma *gens*. Por eso, cuando Labda, padre de Cípselo, decide casarse con Eetión (Gallego, 2013: 176-179), incumple este dogma. Además de este control férreo (Andrewes, 1956: 43-48; Lewis, 2006: 188-189), Corinto tuvo que afrontar una pérdida en el control de su propio territorio: la pérdida progresiva del poder frente a Argos, Megara y Corcira.

Sin duda, todos estos condicionantes motivaron la caída en el poder del clan de los Baquiadas y al ascenso de Cípselo como tirano. Sin embargo, debemos aludir a algunas teorías tradicionales que realizaron un análisis específico sobre los condicionantes. La primera versa sobre la relación familiar, y es que debido a la condición de Cípselo como miembro Baquiada, utilizó esta influencia para ganarse el favor del *demos* y de los hoplitas, logrando la llegada al poder a través de estos medios (Mossé, 1969; Oliva, 1985;

366). La segunda habla sobre la condición de la tiranía en Corintio. Al tratarse de un rango militar y judicial, Cípselo utilizaría al campesinado y artesano con necesidades los medios para subsistir y, después, aprovechar este favor para ganarse su apoyo (Oost, 1972: 10-13; Brandt, 1989:207-220; Buckley, 2010: 50-51). La última difiere de estas dos, pues Cípselo no pertenecería al clan de los Baquiadas, ni era originario de Corinto, sino que era un general contratado por el clan Baquiada que finalmente derrocaría a estos para alzarse en el poder (Oliva, 1985; 365; Drews, 1972: 130-137; Sayas Abengochea, 1989; 53-58).

De un modo u otro, la llegada de Cípselo permitió el regreso de algunas personalidades de Corinto que, debido a su condición, el clan Baquiada los exilió. En este sentido, entre las medidas que optó Cípselo, encontramos un reparto equitativo de las tierras, así como favorecer medios para el proceso de la colonización exilió (Domínguez Monedero; 170-181; Gallego, 2013: 176).

En cuanto a las estructuras de poder, Cípselo no modificó por completo el organigrama político. Tal y como se recoge (Sayas Abengochea, 1989; 53-58), Cípselo optó por no vincular al *demos* en el panorama político, y, pese a todo, mantuvo el mismo apelativo de rey, pero con una vinculación más autoritaria y real.

La llegada de Cípselo permitió el regreso de algunas personalidades de Corinto que, debido a su condición, el clan Baquiada los exilió. En este sentido, entre las medidas que optó Cípselo, encontramos un reparto equitativo de las tierras, así como favorecer medios para el proceso de la colonización exilió (Domínguez Monedero; 170-181; Gallego, 2013: 176; Holladay, 1977: 40-44; Roldán Hervás *et al.*, 2013: 123.).

Debido a la introducción de la moneda en el mercado, Cípselo optó por una expansión hacia el interior de Corinto. Por ello, se le atribuye la fundación de Leucade, Anactoria y Ambracia (Andrewes, 1956: 49-50).

Atendiendo a los autores clásicos, a pesar de estos matices, vemos como, en efecto, la visión de Cípselo y de su hijo, Periandro, conllevan toda una connotación negativa (Arist. *Política*, 1250a):

La segunda en duración fue la tiranía de los Cipsélidas en Corinto; ésta duró setenta y tres años y seis meses: Cípselo fue tirano treinta años, Periandro cuarenta y medio, y Psamético el de Gorgo tres años. Las causas fueron las mismas también para ésta: Cípselo era un demagogo y vivió en el poder sin guardia personal, y Periandro fue tiránico, pero guerrero.

Aun con esta valoración, entendemos que Cípselo escapa ciertamente del ideal tiránico cuya connotación negativa se le dio desde estos autores clásicos. Sin embargo, su sucesor, Periandro, no tendrá la misma valoración.

Siguiendo el texto anteriormente expuesto, percibimos la concepción que de este se dio, es decir, un tirano puramente cruel y despótico. Entre sus medidas, estableció una guardia personal, reforzando su posición militar. Así, prohibió la compra de esclavos, limitando el ascenso personal de la aristocracia. De este modo, prohibió, además, reunirse en el ágoras y asambleas (Sayas Abengochea, 1989:56).

Sin embargo, ¿por qué realizó tales empresas? Atendiendo a numerosas exposiciones (Andrewes, 1956:50-53; Holladay, 1977: 40-56), Cípselo no logró acabar con todas las influencias de la aristocracia. Por lo tanto, la acción de Periandro tenía cierta lógica, no solo por la instauración del cuerpo personal, sino por los intentos de acabar con dicha clase. En efecto, las fuentes clásicas no aluden a estos hechos en su contexto, presentan los acontecimientos parcialmente. Finalmente, la tiranía acabó con Psamético, nieto de Periandro, quién tan solo pudo estar en el poder tres años antes de acabar asesinado en el 575 a.C.

En síntesis, lo que empezó Cípselo fue culminado por Periandro, dando nombre a la tiranía de los Cipsélidas. Debemos poner de relieve que Cípselo acabó con la tradición de los Baquiadas, es decir, con la pérdida de la endogamia, modificando las relaciones interpersonales (Sierra Martín, 2014: 65). En cuanto a Heródoto, resulta una fuente valiosa para el estudio de esta tiranía, pero siempre con el condicionante de si es una visión totalmente peyorativa o no (Gray, 1996: 361-389; Roldán Hervás *et al.*, 2013: 123.).

7.2. Teágenes de Megara

La localización de Megara supuso un entorno clave. Situada en una llanura fértil en el Istmo de Corinto, con dos puertos marítimos para su explotación, parece que el régimen tiránico se debió, principalmente, a la necesidad de buscar nuevos territorios para el desarrollo comercial. Esto es, como se ha recogido con anterioridad, la importancia del campesinado y aristocracia motivó a dicho cambio de régimen de gobierno (Roldán Hervás *et al.*, 2013: 124).

En este sentido, Teágenes de Megara (640 a.C.) contará con un apoyo del campesinado. Este, cuya necesidad para el trabajo de las tierras era apremiante, no dudó en elevarlo en la cima. Además, la propia oligarquía estaba envuelta en una crisis interna, motivo que

ayudó al campesinado a levantarse contra ello por dos razones. La primera, la explotación de los recursos. Bajo su criterio, era injusto que todos los beneficios parasen para esta clase dirigente o sus conllevados. La segunda, la necesidad de un sustento (Gallo, 2013: 182; Anderson, 2005: 196). El apoyo de esta clase es recogido por el mismo Aristóteles (*Pol.* 1000-1005):

Por otra parte, surgían antes más tiranías que ahora, porque las principales magistraturas estaban en manos de ciertas personas, como en Mileto, donde surgió la pritanía, pues el pritano era soberano en muchos e importantes asuntos. Además, como las ciudades no eran entonces grandes, sino que el pueblo vivía en los campos ocupado en sus trabajos, los dirigentes del pueblo, cuando eran belicosos, aspiraban a la tiranía. Todos hacían esto cuando lograban la confianza del pueblo, y la confianza era su odio contra los ricos, por ejemplo, en Atenas. Pisístrato levantándose contra los habitantes de la llanura y Téagenes, en Megara, degollando el ganado de los ricos que cogió paciendo junto al río...logrando la confianza como amigo del pueblo.

Como decía con anterioridad, la estrategia de Teagenes fue la de sacrificar a la mayor parte del ganado para asentar un duro golpe a la aristocracia. Por ello, se ganó al *demos* como un poderoso aliado. En efecto, Megara cambió su disposición en el plano político. Se reconvirtió en una *pólis* dinámica, cuya separación de clases cambió hasta el punto de no distinguir entre una y otras (Gallo, 2013: 182; Lavelles, 2013:34; Anderson, 2005: 192).

En esta investigación histórica, constatamos pocas fuentes que logren dar una visión general sobre la tiranía de Teágenes (Lavelles, 2013: 34). Sin embargo, atendiendo a la información proporcionada por los escritos clásicos (Andrewes, 1956; 84) podemos aludir que, si bien es cierto que el dictador pudo alzarse con el favor del campesinado, luchando contra el déspota poder de la aristocracia, pronto perdería el favor político frente a Atenas. Además, no podemos obviar el hecho de que Megara, a mediados del siglo VII, se enfrentó a diversos problemas. El ya mencionado problema de extensión de tierras, la inseguridad del territorio o la problemática con Salamina no fueron sino unos condicionantes que el propio Teágenes tuvo que lidiar para, en sumar, mantener su poder. (Lavelles, 2013: 35-36). Finalmente, la tiranía se sustituyó por una oligarquía moderada, dedicada plenamente al comercio (Sayas Abengochea, 1989; 52; Anderson, 2005: 204).

7.3. Atenas y Pisístrato

Sin embargo, entre todos los regímenes menos duraderos son la oligarquía y la tiranía. La tiranía que más tiempo duró fue la de los Ortágoras y sus hijos en Sicione, que se mantuvo cien años. La causa de ello es que trataban a los súbditos con moderación y en muchas cosas estaban sometidos a las leyes. Además, Clístenes por sus aptitudes guerreras, no era despreciable, y la más de las veces se ganaba al pueblo con sus atenciones. Se dice, al menos, que Clístenes, al juez que le había excluido de la victoria, le concedió una corona y algunos afirman que la estatua sedente del agora es la imagen de aquel juez. Dicen también que Pisístrato consintió una vez ser citado a juicio ante el Areópago. La segunda en duración fue la tiranía de los Cipsélidas, en Corinto, esta duró setenta y tres años y seis meses: Cípselo fue tirano treinta años, Periandro cuarenta y medio y Psamético, tres años. La tercera fue la de los Pisistrátidas en Atenas, pero no fue sin interrupciones, pues Pisístrato huyó dos veces durante su tiranía, de modo que en treinta y tres años ejerció la tiranía diecisiete, y sus hijos dieciocho; así el total fue de treinta y cinco años.

La principal fuente para tratar de conocer a Pisístrato es Aristóteles (*Pol*: 1245-1254). Sin dudas, él realizó un seguimiento pormenorizado para conocer una dictadura que, a buena cuenta, ha sido la más tratada por la historiografía tradicional (Andrewes, 1956: 100-115), ateniendo a dicha publicación clásica.

De hecho, si atendemos a los sucesivos análisis históricos sobre realmente la figura del tirano, el régimen tiránico por excelencia es, sin dudas, el ateniense Pisístrato. En efecto, la supervisión histórica sobre Pisístrato roza numerosos escritos. En su mayoría, concuerdan que no fue el tirano más déspota, al igual que, como bien recoge Aristóteles, tampoco se mantuvo durante un excesivo tiempo en el cargo. Entonces, ¿en qué se basó su figura? Principalmente, por la controversia que supuso el régimen tirano en una ciudad, como es Atenas, valedora de la libertad individual (De la Torre, 1994: 135; Andrewes, 1956: 104-107; Buckley, 2010: 101-102; Holladay, 1977: 42-45; Gouschin, 1999: 14-23; Lavelles, 2005: 17-155; Blázquez Martínez, 1973; López Melero, 1989: 31-43; McGlew, 1996: 183-200).

En este sentido, no debemos obviar un importante matiz. Pese a lo anteriormente escrito, Pisístrato, como la mayoría de tiranos, se hizo con el poder gracias al apoyo bélico, concretamente, desde una magistratura política en el 561 a.C. En esta fecha, tomó, mediante un ejército personal, la asamblea por la fuerza (Buckley, 2010: 101-104; Gouschin, 1999: 14-16; Blázquez Martínez, 1973; Holladay, 1977: 45-60). Sin embargo, aislar este hecho supone, bajo mi juicio, una mera presunción. Debemos, por tanto, analizar brevemente el contexto histórico.

Solón, el gran legislador ateniense, realizó una importante labor para organizar a la sociedad ateniense. Entre todas, cabe destacar un par de puntos sumamente importantes. Por ejemplo, en el aspecto agrícola, Solón realizó una empresa de vital importancia. Esto es, dotó al campesinado de la liberación de tierras, así de exenciones en el pago de deudas. Respecto a esto último, abolió la esclavitud por deudas. Ante estas repercusiones, la sociedad ateniense vislumbró un nuevo panorama social y político. Ahora, tras mejorar sustancialmente su posición, quedó distribuida en diferentes clases sociales según los ingresos pertinentes (Roldán Hervás *et al.*, 2013: 149-153; Blázquez Martínez, 1973).

Pese a los esfuerzos por ello, la *stásis* fue inevitable. Es cierto que, como podemos percibir, la sociedad ateniense percibió atisbos de esperanza en el progreso individual. Sin embargo, las clases dirigentes se negaron a aceptar la progresiva pérdida de influencia en el espectro social y político. Por eso, siguiendo la opinión generalizada de numerosos escritos, debemos establecer que, de un modo concluyente, el alzamiento de Pisístrato como tirano fue un bien necesario. No solo para solventar esta *stásis*, sino para, en suma, reconducir la situación en el ática (Buckley, 2010: 101-102; Holladay, 1977: 45-54; Roldán Hervás *et al.*, 2013; 157-165; Lavelles, 2005; 60-89; McGlew, 1996: 183-200).

Por último, debemos establecer la división interna para la pugna del control en el Ática. Por un lado, el bando comercial, con la pequeña burguesía como apoyo. En este caso, Megacles fue el principal representante. Por otro, la aristocracia tradicional, cuya base económica se basó en explotar las tierras. Finalmente, los partidarios de Pisístratos estaban conformados por un campesinado pobre, cuyo apoyo del proletariado de Atenas fue fundamental. En esta dicotomía militar-política-social, entró en juego el dominio del Ática (Blázquez Martínez, 1973).

Por lo tanto, si queremos comprender de qué manera irrumpió en el escenario político Pisístrato, debemos poner nuestro énfasis en su sucesión política. Así, en cuanto a la tradición histórica, Pisístrato realizó tres intentos para establecerse en el poder: en el 560 a.C., entre el 559-556 a.C. y, por último, entre el 546-527 a.C. En la publicación de Lavelles (2005: 67-155) se realiza un análisis pormenorizado. En esta reúne las principales causas, cuya vigencia sigue vigente a día de hoy.

Si atendemos a su primer advenimiento, no debemos eludir su clara vinculación militar. Esto es, Pisístrato, antes de acceder como tirano en el 560 a.C., tenía una extensa carrera militar que le dotó de un gran apoyo popular. Así, la guerra contra Mégara, en su

condición de arconte polemarcha, ayudó a granjear dicho apoyo (López Melero, 1989: 33-35). Principalmente, resultó vencedor contra Megara, logrando obtener el territorio de Salamina (Gallo, 2013: 165; Holladay, 1977: 45-54, McGlew, 1996: 183-200).

En consecuencia, consciente de la situación que el Ática atravesaba, decidió priorizar una defensa nacional para no resquebrar dicha unidad (De la Torre, 1994: 135; López Melero, 1989: 33-35). Para ello, se valió de un valioso apoyo del *demos*, permitiéndole tomar la Acrópolis de Atenas. El apoyo definitivo de este *demos* fue posible, siguiendo la tesis de Gouschin (1999: 14-23), gracias a una treta para su persona. Es decir, expuso que era víctima de una conspiración y que, debido a ello, necesitaba esta protección (Gallo, 2013: 166). Sin embargo, tras seis años en el poder, Pisístrato no pudo consolidar su poder ni solventar las revueltas políticas. Por ello, tanto Licurgo como Megacles establecieron una alianza para expulsarlo de Atenas, para posteriormente pactar un matrimonio la hija de Megacles y el mismo Pisístrato, hecho que, en un tiempo menor, supuso la segunda vuelta de Pisístrato (Blázquez Martínez, 1973; López Melero, 1989: 34-37; Anderson, 2005: 191), todo ello recogido por Heródoto (I.60-61).

A tenor de lo anterior, Pisístrato regresó a Atenas un año después de su expulsión. El matrimonio entre este y la hija de Megacles supuso, en un principio, el pretexto ideal para intentar de nuevo tomar el poder. Sin embargo, la cuestión hereditaria resquebrajó la coalición entre ambas, volviendo a abandonar el poder que, diez años después, volvería a retomar (Lavelles, 2005: 99-107; López Melero, 1989: 34-37).

En consecuencia, Pisístrato dispuso de diez años para asentar su poder. A través de las minas de Plata de Tracia, consiguió un gran aval económico. Además, buscó alianzas entre diferentes tiranos, contratando a mercenarios para su levantamiento militar. Por eso, contó con el apoyo de Tebas, además de Lígdamis de Naxos para instaurar, por tercera vez, su tiranía en Atenas. En esta empresa, desembarcó en Maratón, donde diferentes partidarios atenienses le apoyaron para derrotar al ejército de la ciudad, instaurando de nuevo una tiranía que hasta su muerte – 528/527 a.C.—, resultó ser flexible y moderada y que, tras su muerte, le sucede su hijo Hipias, que tras su derrocamiento posteriormente daría por finalizada la dinastía Pisístrata (Blázquez Martínez, 1973; López Melero, 1989: 34-37; De la Torre, 1994: 135-137; Anderson, 2005: 214).

Roldán Hervás *et al* (2013: 158-160) recoge las principales medidas que tomó en el poder el gobierno de Pisístrato. Debemos establecer que el mismo no trató de derogar la

constitución de Solón, ni establecer una revolución en el sistema político de Atenas. Por ello, las estructuras que el legislador ateniense dispuso, se mantuvieron. Se podría decir que el gobierno de Pisístrato es el mejor ejemplo para exponer una forma de tiranía con prosperidad y esplendor.

Entre las medidas destacan, en primer lugar, la vía agraria. Pisístrato realizó préstamos al campesinado pobre para que pudieran trabajar el cultivo de sus tierras, realizando una reforma agraria para, en suma, terminar con el latifundio. La propia financiación se obtuvo a través de los impuestos que la agricultura disponía. Además, la asignación de estos lotes de tierra en el Ática supuso una poderosa vía de entrada para el ingreso en la *Ekklesia* (López Melero, 1989: 38-39).

Debemos anteponer que esta medida de Pisístrato resultó novedosa en el mundo griego, pues era la primera vez que el estado enfundaba una recuperación económica de las clases más bajas a través de este sistema (Lavelles, 2005; 155-163). En este sentido, entre el 5-10 % de los beneficios iba al pago de impuestos, por lo que la parte proporcional del ciudadano ateniense se basaba en su función de la riqueza.

En segundo lugar, la construcción de obras públicas. Con este objetivo, quería reunir y aumentar el gran estado cultural y religioso. Por ello, se procedió a crear una serie de obras públicas, como el templo de Zeus Olímpico y el de Atenea en la Acrópolis. La mayor parte de estos costes se realizaron a través de la explotación minera (Gallo, 2013: 172; Anderson, 2005: 191-194). Además, esta construcción de templos religiosos supuso la celebración de una serie de cultos, como el culto de Dionisio o Ártemis Brauronia. No solo para establecer una unión entre la ciudadanía, sino para iniciar también una celebración de otras entidades, como la dionisiacas y las panateneas. Así, se les dio rédito a las personalidades intelectuales para elaborar escritos, como los poemas homéricos (Gallo, 2013: 174).

En tercer lugar, el desarrollo del comercio y la vía marítima. Debido a la situación geográfica, Pisístrato, aprovechándose de las relaciones comerciales que estableció previamente Solón, supo sacar provecho a un rédito comercial entre las islas de Sainos y Naxos. Esto es, la cerámica de figuras negras supuso un enorme auge durante el siglo VI a.C. en el Mar Negro (López Melero, 1989: 38-43).

Sin embargo, el desarrollo de esto no fue posible sin la moneda como medio económico. En este sentido, la tendencia historiográfica ha establecido que la primera moneda en

Atenas se dio con la tiranía de Pisístrato (Domínguez Monedero, 1991: 205-207). Primero mediante la introducción de monedas heráldicas, cuya representación eran figuras de los escudos del ejército, perceptibles en la cerámica de figuras negras. Después, por las primeras lechuzas, convirtiéndose en el símbolo de Atenas. Para la explotación y acuñación cabe destacar las minas de plata de Laurión y Tracia.

En cuarto lugar, la ampliación de la *Ekklesia* y los jueces del *demos* ((López Melero, 1989: 38-42). Pisístrato, consciente que su posición se debía principalmente a esta asamblea, dictaminó una serie de objetivos para aumentar el número de votantes. De este modo, también incentivó la creación de unos jueces con vía itinerante para administrar los asuntos de vital importancia en justicia para el *demos*, tal y como recoge Aristóteles (Ath. Pol. 16.) En este sentido, el tirano quería controlar la producción agrícola, por ello se aseguraba que, si dicho campesinado iba a la ciudad, debería volver con suma rapidez para la explotación agraria.

En definitiva, la tiranía de Pisístrato, en base a lo anteriormente expuesto, sí que resulto ser moderada y pacífica. Por ejemplo, Cípselo orientó sus medidas acabar de una manera radical tanto con el clan Baquiadas como con la aristocracia local, mientras que Pisístrato, en base a las leyes que estableció Solón, respetó el estado de su ciudadanía. Es por ello que se estableció un comercio más próspero, así como una creciente actividad agrícola que terminará por asentarse tras la llegada de Pericles.

8. Conclusiones

Una vez realizada la valoración de la tiranía, no solo como fenómeno político, sino en toda su dimensión, procedo a exponer la síntesis final del presente trabajo.

En efecto, tratar sobre la figura del tirano y de la tiranía está supeditado, en la mayoría de casos, en unas fuentes clásicas que, si bien anteponen de un modo parcial los hechos, están orientados a dar una visión peyorativa. Creo que la revisión historiográfica de este fenómeno no se podría entender sin saber qué significa exactamente la tiranía y el tirano, esto es, la significación etimológica. Aludiendo a los apartados pertinentes, no solo etimológicos, sino en la propia valoración de las fuentes, así como la ejemplificación de estos fenómenos mediante Cípselo, Teágenes y Pisístrato, considero que los objetivos y metodología expuestos en el trabajo han respondido a lo que se ha planteado.

El hecho de no tener constancia sobre la figura del tirano antes de la Grecia Arcaica no da lugar a que no existiera, en base a los escritos posteriores, un rango político similar. Como se ha aludido en el presente escrito, es posible que muchos reyes, *basileús*, Legisladores o arcontes, siguieran su fórmula de gobierno como la de un tirano. En cuanto a su origen, como establece Arquíloco, se debió a la región de Asia Menor, como modelo oriental, hecho que refuerza su propia terminología, pues no se trata de una palabra griega ni indo-europea, ya que posee una aceptación de origen lidio.

El objetivo fundamental ha sido la búsqueda de des-etiquetar a la tiranía, siguiendo la opinión de César Sierra (2014:72-74) como una constante en la realización del presente escrito. La historiografía tradicional ha recogido la figura del tirano como un mero usurpador, aquel que, en la mayoría de ocasiones, no cuenta con un apoyo total del *demos* o bien como aquel que de una manera violenta accede al poder. Sin embargo, antes de adentrarnos en esta manera a modo de conclusión conviene a destacar varios aspectos de la presente investigación histórica.

Por un lado, entendemos que más allá del apartado político y dicha connotación negativa, tenemos a nuestra disposición mecanismos para entender de una manera más directa la vinculación del tirano con el poder. Por ejemplo, atendiendo a la publicación de Dopico Caínzos (1998), podemos observar cómo el tirano se comportaba en el ámbito privado. Es decir, en la esfera pública, el tirano necesitaba un discurso demagógico – que no tiene que ser una concepción negativa – para ganarse adeptos. Mientras, en el ámbito privado,

el tirano, en opinión de la autora, hacía más visible esta condición de superioridad. La hospitalidad se ejercía en favor del tirano.

Por otro, quiero hacer partícipe la visión de Jufresa y Fau (2007), pues como se ha mencionado con anterioridad, tanto el poeta como el tirano supusieron una fuente ingente de documentación en la época arcaica. Además, el poeta tenía una condición singular: debido a su condición de creador cultural, tenía acceso a todos los lugares dónde su obra se percibiera. El tirano, mientras, quedaba relegado a un aspecto meramente político. En todo caso, la visión del poeta condicionaba a la sociedad pues de estos escritos podrían parcializar a la opinión pública. Es, en suma, una propaganda que podía utilizar el tirano bajo su interés.

Estas consideraciones no son tomadas por los autores clásicos. A tenor de lo expuesto en el escrito, conviene a destacar la opinión generalizada de estos autores. Heródoto es partícipe por establecer la monarquía como la principal forma de gobierno. Para él, el resto de regímenes – tiranía, democracia, aristocracia – son formas impuras. Además, conocemos su rechazo especialmente cuando alude a la caída de Atenas. En sus escritos (Hdt. V.55-100), expone como es la democracia quién logra restaurar el orden. Por último, en cuanto a la terminología, el autor utiliza adrede una vinculación similar para referirse tanto al tirano como al *basiléus*.

Tucídides, en cambio, es más precavido para exponer la figura del tirano. Una idea que caló en la historiografía tradicional fue la vinculación de las actividades marítimas como vía de desarrollo de la tiranía.

Platón y Jenofonte tienen los condicionantes históricos. Es decir, ambos viven en plena inserción de la democracia, además de vivir un convulso periodo histórico. Por ello, Platón opta por exponer en su escrito *República* (VIII) que tanto timocracia, como oligarquía y democracia son las formas de gobierno menos perjudiciales para la sociedad, coaccionando la libertad individual y colectiva. En consecuencia, la democracia puede corromper al individuo y degenerar esa forma de gobierno a la tiranía (De los Reyes, 2018: 94; Branda, 2007: 60-75). Jenofonte, en cambio, opta por aceptar la tiranía como una forma de gobierno que puede apelar al equilibrio político, y, a diferencia de los anteriores autores clásicos, no tiene una connotación peyorativa clara.

Por último, Aristóteles es partidario de asimilar tanto monarquía como tiranía pues la primera es una desviación impura. El mismo autor ratifica que, en efecto, el tirano es un

demagogo, con una total connotación peyorativa hacia este y la forma de gobierno. La estabilidad política (Ansieta Nuñez, 1987: 82-84; De la Torre, 1994: 112-113; Cawkwell, 1995: 76; Finley, 1983) solo se consigue a través del régimen democrático.

Una vez expuesto las principales tesis sobre estos autores clásicos, podemos concluir que, en efecto, la carga peyorativa que se le dio a la tiranía ha influido en la historiografía tradicional. Normalmente, no se tiene en consideración el cambio de una economía puramente agrícola a una donde el comercio y la industria domina el espectro económico. Tampoco se tiene en consideración cómo aparece una lucha de clases para ostentar el espectro político, algo que tiene plena vinculación con el tirano pues, en la mayoría de casos, surge desde la propia nobleza. La historiografía, como decía, recoge al tirano como un restaurador del orden que, bajo la premisa de solventar la crisis, se mantiene en el poder ejerciendo un poder déspota y tiránico.

La elección por mí parte sobre las tres tiranías a desarrollar –Corinto, Megara y Atenas— no es baladí. Con esta elección quiero exponer que estos tiranos dejaron una relevancia histórica, no solo en su forma de gobierno, sino en su posterior legado. Si atendemos a Cípselo y a su familia, no podemos negar que su contribución a la política interior dotó a Corinto de un aparato para el asentamiento colonial (Sayas Abengochea, 1989; 56), así como la prohibición de la trata de esclavos y de limitar la estructura social aristócrata. Además, Cípselo no tiene una imagen tan exteriorizada con respecto a la imagen de un tirano, es decir, no resultó ser un tirano cruel y déspota, a diferencia, paradójicamente, de Periandro, como Teágenes de Megara. Pero sin dudas, el exponente de una imagen alejada de toda connotación negativa es Pisístrato.

Siguiendo la investigación de Lavelles (2005), cuyos datos aúnan los resultados sobre la figura de Pisístrato, podemos aludir a una serie de cuestiones. Respetó la legislación de Solón, manteniendo las estructuras políticas de Atenas. Además, la prosperidad y estabilidad se manifestó en diversas vías. Por ejemplo, con la reforma agraria para terminar con el latifundio (López Melero, 1989: 38-39), la construcción de obras públicas para dar unidad al territorio o afianzar las relaciones en el hegeo. Por ello, observamos que Pisístrato difiere de la imagen tradicional y parcial de un tirano déspota.

Para terminar, podemos aludir que la tiranía supuso un cambio estructural en ciertos sentidos. La tiranía surge en ciudades con evolución, dotándole de una estabilidad y prosperidad nunca dada. Por tanto, solucionan la crisis previa, unida a los desequilibrios

sociales. Además, el tirano, que destruyó la influencia de la aristocracia, dotó de más importancia al *demos*, dando así una mayor relevancia en el aspecto jurídico y político en la *pólis*. Es, por tanto, un mecanismo de respuesta frente a la crisis. De este modo, el apoyo de este sector sería vital para lograr el poder. Por ejemplo, la propiedad agrícola y el campesinado coparon un importante rol. Tal es así, que en Corintio y Atenas se distribuyó lotes de tierras para la explotación agraria y el propio Pisístrato dio una serie de préstamos para aliviar la situación económica de dicho sector (López Melero, 1989: 38-39; Roldán Hervás *et al.*, 2013: 125).

Los intentos de legitimización política se buscaron en reforzar su imagen personal, a través de, por ejemplo, la materia cultural. Tal y como alude Jufresa y Fau (2007), no solo fue relevante la figura del poeta para aludir al tirano de una buena forma, sino la construcción de un aparato religioso y civil.

En suma, siguiendo la opinión de Sierra Martín (2014) y otros autores contemporáneos, debemos mirar con perspectiva este periodo, como es la Grecia Arcaica, sin condicionar los escritos. Es decir, tradicionalmente, la figura del tirano y la tiranía ha estado supeditada a una valoración de fuentes primarias que, en la mayoría de casos, ha deformado esta forma de gobierno. En consecuencia, para los casos que nos atañe, y en general en dicho periodo histórico, no debemos guiarnos por las etiquetas historiográficas sin analizar previamente con un análisis crítico. No solo hay aspectos políticos o económicos, sino que, además, las relaciones personales de estos tiranos puede ser una vía de estudio y orientación, que, en definitiva, supera la opinión tradicional recogida.

Bibliografía

Fuentes primarias

- Aristóteles. *Política* (1988). [Traducción por Manuela García Valdés]. Gredos: Madrid.
- Heródoto. *Los nueve libros de la historia* (1989). [Traducción por: Víctor Lama de la Cruz y Bartolomé Pou]. Edaf: Madrid.
- Jenofonte. *Helénicas* (1994). [Traducción por Orlando Guntiñas Tuñón]. Gredos: Madrid.
- Platón. *Diálogos IV, República* (1988). [Traducción por Conrado Eggers Lan]. Gredos: Madrid.
- Tucídides. *Historia de la guerra del Peloponeso (Libros I-VIII)* (1990). [Traducción por: Juan José Torres Esbarranch]. Gredos: Madrid.

Fuentes secundarias

- Andrewes, A. (1956). *The Greek Tyrants*. London: Hutchinson.
- Ansieta Nuñez, A. (1987): “El concepto de tirano en Aristóteles y Machiavello”. *Revista de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Valparaíso*, 11, pp. 79-88.
- Asheri, D. (1969): “Leggi greche sul problema dei debiti”. *Studi Classici e Orientali*, 18, pp. 5-177.
- Barron, I.P. (1974): “The sixth-Century Tyranny at Argos”. *The Classical Quarterly*, 14, pp. 210-229.
- Blázquez Martínez, J.M. (1973): “Una gran tiranía con base social en la Atenas del siglo VI antes de Cristo: Los Pisistrátidas”. *Jano*, 80, pp. 89-96.
- Braccesi, L. (1982): “Las tiranías y los desarrollos políticos y económicos-sociales”. En: R. Bianchi-Bandinelli (dir)., *Historia y civilización de los griegos, VII*. Barcelona: Icaria, pp. 11-63.
- Branda, C.I. (2007): “La relación entre la razón y los elementos irracionales en el pensamiento platónico”. *Universitas, Revista de Filosofía, Derecho y política*, 6, pp. 57-76

Burchardt, J. (1998). *The Greek and the Greek Civilization*. Nueva York: St. Martin's Griffin: 38-213.

Cawkwell, G.L. (1995): "Early Greek Tyranny and the People". *The Classical Quarterly*, 45, pp. 73-86.

Davies, J.K. (2009): "The Historiography of Archaic Greece". En: Raaflaub, K.A. y Van Weeks, H. (ED), *A companion to the archaic Greek World*. Oxford: University of Oxford, pp. 3-21.

De los Reyes, D. (2018). *De tiranos. Una interpretación desde la filosofía antigua*. Universidad Metropolitana de Caracas: Caracas.

Detienne, M. (1968): "La phalange: problèmes et contro-verses". En: Vernant, J.P. (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París: University of París, pp. 119-142.

Dmitriev, S. (2015): "Athenian Atimia and legislation against tyranny and subversion". *The Classical Quarterly*, 1, pp.35-50.

Domínguez Monedero, A. (1991). *La polis y la expansión colonial griega: siglos VIII-VI*. Madrid: Síntexis 61-215.

Domínguez Monedero, A.: Plácido Suárez, D.: Gómez Espelosín, F.J.: Gascó de la Calle, F. (2014). *Historia del mundo clásico a través de sus textos. 1. Grecia*. Madrid: Alianza Editorial.

Dopico Caínzos, M.D. (1998): "Entre lo público y lo privado: una contribución al estudio de la tiranía griega". *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Antigua*, 11, pp. 119-136.

Drews, R. (1972): "The first tyrants in Greece". *Historia*, 21, pp. 129-144.

Duthoy, R (1986): "Qu' es-ce qu' une polis?. Esquisse d'une morphologie sucinte". *LEC*, 54, pp. 3-20.

Ferril, A. (1973): "Herodotus on Tyranny". *Historia*, 27, pp. 385-398.

Finley, M.I. (1983): *La Grecia Primitiva. Edad del Bronce y Era Arcaica*. Barcelona: Cambridge.

Gagarin, M. (1981): "The Thesmothetai and the Earliest Athenian Tyranny Law". *Transactions of the American Philological Association*, 111, pp. 71-77.

Gammie, J.G. (1986): "Herodotus on kings and tyrants: Objective historiography or conventional portraiture?". *Journal of Near Eastern Studies*, 3, PP. 171-195.

Giorgini, G. (1993). *La Città e il Tiranno: Il concetto di Tirannide nella Grecia del VII-IV Secolo a.C.* Milán: Giuffrè Editore

Gouschin, V. (1999): "Pisistratus' Leadership in A. P. 13.4 and the Establishment of the Tyranny of 561/60 B. C.". *The Classical Quarterly*, 49, pp. 14-23.

Gray, V.J. (1996): "Herodotus and Images of Tyranny: The Tyrants of Corinth". *The American Journal of Philology*, 3, pp. 361-389.

Greg, A. (2005): "Before Turannoí Were Tyrants: Rethinking a Chapter of Early Greek History". *Classical Antiquity*, 24, pp. 173-222.

Hegyí, D. (1965): "Notes on the Origin of Greek Tyrannis". *AAntHung*, 13, pp. 303-318.

Hidalgo de la Vega, M.J., Sayas Abengochea, J.J., Roldán Hervás, J.M. (2013). *Historia de la Grecia Antigua. El Mundo micénico.* Salamanca: Universidad Salamanca.

Holladay, J. (1977): "The Followers of Peisistratus". *Cambridge University Press*, 24, pp. 40-56.

Jaeger, W. (1996). *Paideia, los ideales de la cultura griega.* México: Fondo de Cultura Económica, pp. 700-760.

Jufresa, M. y Fau, M. (2007): "La relación entre poeta y tirano en la Grecia arcaica". *Nova Tellus*, 25, pp. 93-116.

Kathryn, Morgan (ed) (2003). *Popular Tyranny. Sovereignty and its Discontent in Ancient Greece.* Austin: University of Texas.

Lavelle, B.M. (2005). *Fame, Money and Power: The Rise of Peisistratus and "Democratic" Tyranny at Athens.* Ann Arbor: University of Michigan.

Lewis, S. (2006). *Ancient Tyranny.* Edinburgo: University of Edinburgo.

Lidell, H.G.; Scott, R; Jones, H.S.; McKenzie, R. y Theasurus L.G.P. (2011). *The online Lidell-Scott-Jones Greek English lexicon*. University of California: Irvine.

López Melero, R. (1989). *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes*. Akal: Madrid

Maddoli, G. (1970): “*Damos e Basileus*. Contributo allo studio delle origine della polis”. *SMEA*, 12, 1970, pp. 7-57.

Mazzarino, S. (1989). *Fra Oriente e Occidente. Ricerche di storia greca arcaica*. Milán: Rizzoli.

Mcglew, J.F. (1993). *Tyranny and Political Culture in Ancient Greece*. Nueva York: Cornell University Press.

Morris, L. (1987). *Burial and ancient Society. The rise of the Greek city-state*, New York: Cambridge University Press

Mossé, C. (1969). *La Tyrannie dans la Grèce Antique*. París: Presse Universitaires de France.

Nenci, G. (1979): “Spazio civico, spazio religioso e spazio catastral de la polis”. *ASNP*, 9,

Oliva, P. (1982): “The Early Tyranny”. *Dialogues d`histoire ancienne*, 8, pp. 363-380.

Osst, S.L. (1972): “Cypselus The Bacchiad”. *Class Phil*, 67, pp. 10-25.

Ostwald, M. (1955): “The Athenian Legislation against Tyranny and Subversion”. *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 86, pp. 103-128.

Plácido Suárez, D. (1989): “Tucídides, sobre la tiranía”. *Gerión*, 2, pp. 155-164.

Plácido Suárez, D. (2007): “Las formas del poder personal: la monarquía, la realeza y la tiranía”. *Gerión*, 25, pp. 127-166.

Salmonj, J. (1977): “Political hoplites?”. *Journal of hellenic studies*, 97, pp. 84-101.

Sánchez de la Torre, A. (1994). *La tiranía en la Grecia Antigua*. Madrid: Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, pp. 142-199.

Sayas Abengochea, J.J. (1989). *Ciudades. Jonia, Peloponeso y Periodo Arcaico, 18*. Akal: Madrid.

Sierra Martin, C. (2014): “La edad de los tiranos: una aproximación a las ambigüedades de la tiranía arcaica”. *Gerión*, 32, pp. 57-77.

Sierra Martin, C. (2016): “Polis tyranos. El demos atenienses como aristocracia indeseada en el pensamiento político del siglo V a.C.” *De rebus antiqui*, 6, pp. 29-52.

Snodgrass, A. (1965): “The hoplite reform and History”. *Journal of hellenic studies*, 85, pp. 110-122.

Starr, C. G. (1986). *Individual and Community. The rise of the Polis. 800-500 B.C.* New York: Oxford University Press

Tamiolaki, M. (2015): “Rewriting the history of the tyrannicides: Thucydides versus Herodotus?”. *Synthesis*, 22, pp. 1-15

Uriel Fernández, P. (2014). *Historia Antigua Universal II: El mundo griego*. Madrid: Uned, pp. 545-625.

Waters, K.W. (1971). *Herodotus on Tyrants and Despots*. Stuttgart.